

BOLSILIBROS
BRUGUERA
●
SERIE
**PUNTO
ROJO**

el hijo de la loba

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

EL HIJO DE LA LOBA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 411

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 3.620 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo, 1970

© SILVER KANE, 1970
sobre la parte literaria

©
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

PRIMERA PARTE

EL EXTRAÑO VENGADOR

CAPÍTULO PRIMERO

Barcelona, octubre.

No es normal, desde luego, que un hombre de treinta años, como yo, se dedique a escribir sus memorias. No es normal por varias razones, entre ellas el hecho de que la vida de un hombre empieza, por decirlo así, a los treinta años, y por tanto, si la vida aún está por vivirla, ¿para qué escribir unas memorias, como si estuviera a punto de terminarse ya?

Soy el primero en reconocer, pues, que no debiera escribir todo esto. Pero ¿saben una cosa? Por mi profesión estoy obligado a tomar apuntes constantes y a llevar una agenda muy detallada con el trabajo a realizar y el ya realizado. Al mismo tiempo, he de hacer anotaciones sobre la solvencia de los clientes y la moralidad de las personas que trato: Puesto que soy muy ordenado y detallista, resultaba que esas anotaciones ocupaban páginas y páginas. Eran ya algo así como mis memorias. Y por eso decidí continuarlas. ¿Cuál es mi profesión? Reviso computadoras electrónicas. No IBM ni otras marcas conocidas. El sistema en el que trabajo es nuevo, y la empresa apenas tiene distribuidas por el mundo unas ochenta máquinas.

¿Saben lo que valen? Una millonada, amigos.

Yo voy de un país a otro revisando esas máquinas, enseñando a los clientes su manejo para que puedan obtener de ellas el máximo provecho, cobrando los plazos, captando nuevos compradores y extendiendo la red comercial.

Hay mucha competencia. A veces mi trabajo es un asco.

La BU11, la IBM y todos los sistemas ya acreditados poseen una red comercial extraordinaria, y yo no puedo pasar por ella siempre que quisiera hacerlo. Captar un cliente me cuesta un esfuerzo

tremendo.

Pero eso ocurre porque estamos en el primer año de nuestras actividades.

Ya he dicho que las máquinas en que yo trato son de un sistema nuevo. Y, sin vanidad, creo que las mejores del mundo. Tienen menos averías que las otras y son de un rendimiento extraordinario.

El que las prueba, se las queda. Por eso calculo que dentro de dos o tres años habremos desbancado a todas las organizaciones poderosas que ahora se reparten el mercado mundial. Ganaremos mucho dinero.

Lástima que el negocio no sea mío. Lástima que sea de mi hermano John, que es un verdadero buitre y me paga lo más justo.

Pero yo trabajo incansablemente. Trabajo para que la empresa crezca.

Aquella mañana, cuando llegué a Barcelona, viajando desde Madrid, estábamos en la primera decena de octubre. Hacía aún calor, un calor sorprendente. Pero empezaba —y eso se notaba en el aire fino y transparente— la mejor temporada de la ciudad. Vi que las chicas empezaban a vestir bien de veras, después de esa especie de abandono con las ropas que es compañero inseparable del verano. Y vi que eran preciosas. Las chicas de Barcelona me gustaron como me habían gustado las de Madrid, como me estaban gustando las de toda España.

En la ciudad teníamos una sucursal. No era muy grande.

Más bien podía calificarse de centro experimental, donde trabajaban una veintena de personas.

Todas mujeres.

¡Y qué mujeres!

El gerente, un tal Avellaneda, las había escogido bien.

Pero era un bicho. Lo noté enseguida.

Explotaba a la gente, hacía proclamar por altavoces las leyes laborales en cuanto le favorecían y las enterraba bajo tierra en cuanto le perjudicaban. Tenía establecido en su empresa un régimen donde imperaba el chivatazo. Oscar, su jefe de personal y único elemento masculino de la organización, tenía una maña especial para humillar, para desmoralizar y para desorganizar a la gente que trataba tímidamente de invocar su derecho.

Entonces, me preguntarán ustedes, ¿por qué no se iban todas

aquellas encantadoras mujercitas? Verán. Allí, después de todo, no se pagaba mal.

Y los empleos decorosamente pagados no sobran ni aquí ni en los Estados Unidos. Además, Avellaneda empleaba la táctica que él llamaba «de las necesidades crecientes».

Insinuaba a cualquiera de las chicas que ella debería comprarse un coche a plazos. No le adelantaba el dinero, claro, pero le daba a entender que, si se veía en apuros, obtendría la ayuda de la empresa. Ella se enredaba por dieciocho meses, por veinticuatro. Apenas había terminado de pagarlo, Avellaneda le hablaba de un televisor más grande. Las chicas compraban y compraban, confiando en el sueldo de la empresa. Y necesitaban tanto el dinero, que no podían irse nunca, ni aunque se infringieran continuamente las leyes.

Claro que esto ocurre en todo el mundo. Haga la prueba y enchufe el televisor. A los cinco minutos ya le habrán aconsejado cinco veces que gaste más, más, más... Y si hace usted caso, va listo. Trabaja veintitrés horas diarias, dormirá una y reventará a los cuarenta años con su coche, su nevera y su televisor portátil:

Pero estaba hablando de Avellaneda.

La empresa no era suya.

Ya he dicho que se trataba de un centro piloto donde hacíamos demostraciones y tratábamos de captar clientes, eficazmente ayudados por las exhibiciones de piernas de las chicas.

Pero Avellaneda tenía un tanto por ciento de los beneficios.

Un tanto por ciento tan elevado que obraba como si la empresa fuera enteramente suya.

Me recibió con mala cara.

¿Qué iba yo a figurar allí?

¿Por qué me había molestado en venir de los Estados Unidos, si todo marchaba perfectamente?

Pero ya he dicho que este negocio es delicado y sometido a la más feroz competencia por parte de las marcas acreditadas.

De modo que me instalé en Barcelona, en el hotel Ritz.

Dispuesto a trabajar.

Iba cada mañana a las oficinas, situadas en la parte alta de la calle de Balmes, en un edificio propio.

Revisaba las cuentas, veía el funcionamiento de las máquinas y

hablaba con las chicas.

Pronto noté que ellas confiaban, en mí.

Bueno, no todas.

Pero las que sí, esperaban que yo metiese en cintura a Avellaneda y a Oscar, y que las cosas cambiaran un poco en aquella casa.

Por el momento me dediqué a observar.

Y observé cosas curiosas, por descontado.

Una de ellas, que Avellaneda besuqueaba por turno a dos empleadas. Una se llamaba Laura y la otra Marlén. Eran sus secretarias privadas.

Avellaneda estaba fuera de sí por mi impertinencia.

Además era casado.

No le gustaba que aquello se supiese.

Entonces me pidió muy amablemente que dejara de entrar en su despacho, a menos que llamara antes con los nudillos. Yo le dije que sí, y le pedí perdón. Pero aquella noche coloqué bajo su mesa un micro y una máquina fotográfica diminuta que yo podía hacer funcionar por radio a distancia.

Comprenderán que eso no era tan difícil para un hombre que trata con cerebros electrónicos tan perfectos que pueden dirigir el vuelo de una nave espacial.

Y cada noche, en mi hotel, me harté de oír los diálogos de Avellaneda, que estaban recogidos en cinta magnetofónica, y de ver fotografías que hubieran dado lugar a siete demandas de divorcio, una detrás de otra.

Aquel buitre no sólo trataba con Marlén y Laura.

También iba tras de otras chicas, aunque ellas le daban esquinazo.

En especial tras de Irma. Irma tenía diecisiete años.

Era la chica más pura, más bonita que yo había visto.

También era «sexy». Mucho.

A ella no le gustaba, y trataba de disimularlo.

¿Pero qué se le va a hacer? Lo era. Yo ya lo había notado. La miraba a veces largamente, sin que ella se diera cuenta.

Mientras tanto, Avellaneda acechaba como un tigre a punto de dar el salto. Llevaba ya meses y meses acechando, sin conseguir nada.

Hasta que el tío se decidió.

Capté aquella noche una conversación que había tenido lugar por la tarde entre él y Oscar.

El diálogo estaba reproducido fielmente.

—¿Qué hora es?

—Las tres, señor Avellaneda.

—Es que se ha parado mi reloj. No lo entiendo, siendo automático. ¿Y a qué hora termina hoy la gente?

—A las siete, señor Avellaneda. —Eso no puede ser. Cada día se van antes. Ponga mañana por la mañana un cartelito diciendo que a partir de la semana próxima se recuperará un cuarto de hora diario por la fiesta de la Merced:

—La fiesta de la Merced ya está recuperada, señor Avellaneda.

—¿Por qué dice eso? ¿Está usted en contra de la empresa?

—¿Yo? ¿Yo en contra de la empresa? ¡Si toda mi vida la he dedicado a ella!

—Pues no me cree problemas. Esa recuperación iba en la cuenta general del año, de modo que el personal no lo habrá advertido. Si alguien protesta, lo sanciona. Nosotros hemos de defendernos. Llevamos a cabo una gran obra social. Somos responsables del pan de esa pobre gente.

—Sí, señor Avellaneda.

—¿Qué ocurriría si la empresa se hundiese?

—Oh, no quiero pensarlo.

—Pues los que se niegan a trabajar un cuarto de hora más y nos crean problemas, tratan de hundir a la empresa de la cual viven. No lo olvide, Oscar, son nuestros enemigos.

—Claro que sí, señor Avellaneda.

—De modo que ya lo sabe. Ah... Y el lunes, cuando se trabaje un cuarto de hora más, dígame a Irma que la necesito para dictarle unas cartas. La tendré aproximadamente aquí hasta las nueve. Y si se niega a hacer horas extraordinarias, me avisa.

—De modo que Irma, ¿eh?

—¿Qué pasa?

—No, nada, señor Avellaneda.

—Espero que todos comprendan lo que les conviene, Oscar. Ah, por cierto... He tenido algún disgustillo con Marlén. La chica ya no me interesa. De modo que la dejo en sus manos. Usted, como jefe de

personal, sabrá de qué modo tratarla.

El magnetófono recogió con nitidez el chasquido de la lengua de aquel buitre.

—Claro que sí, señor Avellaneda.

—Hasta luego. Y piense que todos hemos de sacrificarnos por la empresa. A mí mismo no me importará hacer un par de horas, más cada día.

—Se está usted matando, señor Avellaneda.

—¿Qué quiere? La marcha del negocio lo exige. Uno ha de hacer sacrificios.

Y con el crujido de una puerta, el diálogo se cortó. Naturalmente, decidí estar muy atento a todo lo que ocurriese.

Irma no era como las otras dos. Irma era distinta.

Por eso el lunes me situé en el despacho que me había asignado yo mismo, bastante cerca del de Avellaneda. Esta vez no grabé en cinta, sino que capté el diálogo en directo, a través del micro.

Oí abrirse la puerta y la voz de Oscar.

—La señorita Irma está aquí, señor Avellaneda.

—Muy bien, retírese.

—A sus órdenes, señor Avellaneda. E imaginé a Oscar saliendo mientras fregaba con la lengua los suelos de la empresa.

Había conseguido aquel cargo a base de decir que sí a todo, de no ponerse enfermo jamás, de no hacer vacaciones, de odiar a los empleados como se podría odiar a unos bichos que comían más de lo que producían.

Pero a los tipos como Oscar yo los conocía bien.

Sabía que cobraba comisiones de los proveedores.

Que se estaba forrando.

Y que hubiera incendiado la empresa, con Avellaneda dentro, si eso le hubiera producido cien pesetas de beneficio.

Pero no le quedaba más remedio que aguantar. Necesitaba de Avellaneda del mismo modo que éste necesitaba de los tipejos como él. Mis pensamientos se detuvieron.

Oía el taconeo suave de una muchacha.

Aquel taconeo que tantas veces había admirado, mientras ella se movía con soltura de una sección a otra.

—Buenas tardes, señor Avellaneda.

—Hola, Irma. Gracias por quedarse. Mi secretaria actual está

enferma. Siéntese.

Oí el roce de una silla. Y enseguida:

—Lleva usted unas medias preciosas. Ella carraspeó.

Avellaneda debió darse cuenta de que había ido demasiado aprisa.

Y se puso serio, en plan de jefe, empezando a dictar unas cartas interminables sobre cosas que no interesaban a nadie. ¡Si lo sabría yo! Por supuesto, en cuanto la chica se distrajese, debía echar unas miradas relampagueantes a sus rodillas redondas y firmes. Pero eso yo no podía verlo.

Consulté el reloj.

Era muy tarde: las nueve.

El tiempo había pasado volando. Oí entonces que Avellaneda decía:

—Perdón, la he entretenido mucho. Gracias de verdad, señorita Irma. Permita. La acompañaré.

Ruido de sillas y taconeos otra vez. La chica debía estar agradecida. Ninguno de los temores con que entró se había confirmado. Avellaneda era, después de todo, un caballero, a pesar de lo que se decía.

Salí detrás de ellos. No me vieron.

Ah... Debo decir algo más sobre mí que poquísimos gente sabe.

No siempre me he dedicado a los negocios.

Hubo un tiempo en que fui explorador en Vietnam. Pertenecía a los famosos «boinas verdes». Me colaba hasta las líneas más profundas del enemigo, y saltaba sobre los centinelas sin que éstos se enterasen de nada hasta que despertaban en el otro mundo, con sus antepasados.

Pero ésa es otra época ya olvidada.

No me gusta recordarla. Los «boinas verdes» incluso tienen mala fama.

Si he dicho eso es para que se comprenda que para mí no representó la menor dificultad perseguir a una pareja sin que se dieran cuenta, en la oscuridad de unos pasillos silenciosos y largos.

La chica iba con prevención; se notaba.

Pero Avellaneda no la rozó siquiera.

Salieron a la calle y yo tras ellos. Tengo unos oídos de bestia salvaje. Puedo oír las palabras de cualquiera a diez pasos de

distancia, aunque sean un susurro.

Y oí que Avellaneda preguntaba a la chica si tenía coche.

—No. Sólo una «Vespa».

—Está bien. Hasta mañana. Pero no se alejó demasiado.

Se quedó mirándola mientras ella trataba inútilmente de poner en marcha la moto.

Yo adiviné lo ocurrido.

El maldito de Oscar había hecho un buen trabajo.

—Hum... Algo malo ocurre —dijo Avellaneda, acercándose de nuevo—. Y no es bujía engrasada, no. Yo creo que el arranque no funciona. Es una avería que sólo puede arreglar un mecánico.

—¿Y qué hago yo ahora? Vivo en Badalona.

—Sí, a unos diez kilómetros... Tome dinero para el taxi. —No puedo aceptarlo, señor Avellaneda.

—Al fin y al cabo, si se retrasó fue por culpa mía. Ya estaría en su casa.

—Pero...

—Tome, tome, por favor. El tío hacía las cosas bien. Lloviznaba ligeramente.

Hasta aquella circunstancia había tenido en cuenta al elegir la hora de salida.

Y en esas circunstancias sabía demasiado bien que era imposible encontrar un taxi libre en aquella zona de la ciudad.

Irma se desesperó durante casi cinco minutos.

Y al fin a Avellaneda le crecieron las uñas y se puso la piel de tigre para saltar sobre la presa.

—No conseguiré nada, Irma. Perdona que no se lo haya ofrecido antes. Yo la llevaré.

—Es que está muy lejos...

—No importa. Además voy a Premia, pasado Badalona. Bien mirado, su casa me pillará en el camino. Ella accedió.

Avellaneda tenía un «Mercedes» de importación.

Yo había alquilado un «Jaguar». Me puse en marcha, con retraso. Sabiendo el camino que llevaba, no me importó seguirle a distancia... Además, su automóvil era fácil de reconocer, pese al inmenso tráfico de la urbe.

No pararon en Badalona. Adiviné lo que ocurría.

Él habría pretextado el olvido de documentos importantes en

Premia, y querría «entregárselos» a Irma para que los llevara al día siguiente muy temprano a la oficina.

Ella no habría tragado el anzuelo, por supuesto.

Pero tampoco podía ponerse en el plan de arrojarle el coche en marcha, porque hasta entonces Avellaneda se había comportado como un caballero.

Estaría recelosa, eso es todo.

Pero ya se le pasarían los celos cuando el tigre la tuviera a solas y pudiera devorarla.

Avellaneda no vivía en el casco urbano de Premia, claro.

Allí había demasiada gente.

Tenía una magnífica casa encaramada en un promontorio, carretera arriba, y a la que se llegaba por un camino particular.

Seguro que en verano vivía allí con su mujer.

Pero ahora no era verano. La casa estaba vacía. Vi entrar el «Mercedes» en el garaje, que se debía comunicar por el interior con las otras dependencias de la casa.

Aguardé unos instantes.

Y entonces oí en la oscuridad aquel grito de asombro, casi de agonía, aquel grito surgido de una garganta femenina y que parecía presagiar la muerte.

CAPÍTULO II

Barcelona, octubre

Nada hay tan feo como un depósito de cadáveres. Ni tan triste.

Y si ese depósito de cadáveres es viejo y no está muy bien acondicionado, tanto peor.

Los he visto de todas clases.

Yo he estado en los lugares más sórdidos del mundo.

Pero pocas veces había tenido la cara de vinagre con que entré en el Hospital Clínico, donde está el depósito de cadáveres de Barcelona. La policía me había llamado allí para una identificación. Y cuando entré, la chica yacía sobre la tétrica mesa. Su cuerpo estaba terriblemente blanco. No recordaba haber visto nunca un cuerpo tan hermoso como aquél. ¡Y tan espantosamente inmóvil!

Mis ojos se nublaron.

El policía que estaba junto a la mesa, dijo al ayudante del forense:

—Cúbrela. Con la cara es bastante. Y se dirigió a mí en español.

Yo hablo muy bien el español, porque he viajado por Sudamérica largo tiempo. Y hablo otros siete idiomas.

—Soy Ponce, de la Brigada Criminal —me dijo—. Siento haberle molestado. Usted es el señor Richard Connor, ciudadano norteamericano, ¿no es así? ¿Lleva su pasaporte?

—Claro...

Se lo mostré.

Me di cuenta de que se fijaba muy bien en el visado de entrada, por si en mi llegada al país había alguna irregularidad.

Pero no la había.

Me devolvió el pasaporte y me mostró a la chica, que ya había sido cubierta hasta el cuello con una sábana.

—Voy a molestarle para algo muy penoso —dijo—. Se trata de una identificación. ¿Reconoce a esta muchacha?

La miré fijamente.

Mis ojos seguían nublados.

—Sí —murmuré—. Es Irma.

—¿Irma y qué más?

—Irma López. Le habían puesto un nombre muy exótico para compensar la vulgaridad del apellido. Trabajaba en el centro piloto que nosotros tenemos instalado en Barcelona. Pero, dígame... Todo esto es absurdo terriblemente irreal...

¿Qué ha ocurrido?

—El cuerpo ha sido descubierto esta mañana al amanecer, o sea hará unas doce horas. Estaba en un bosque, cerca de Premia. La habían matado hacia la medianoche.

Me pasé una mano por los ojos.

—Hay algo que hubiera preferido no ver —susurré.

—¿El qué?

—Esas espantosas señales en varias partes de su cuerpo.

—A mí también me cuesta creerlo —dijo el policía—. Su garganta ha sido desgarrada.

—¿Me está hablando de... un lobo humano?

—No lo sé. ¿Usted qué cree?

Noté que el policía me miraba fijamente.

En apariencia yo nada tenía que temer. Había venido a inspeccionar una industria que trabajaba con patentes americanas, pero que era puramente española. Mi pasaporte estaba en regla, mis cuentas estaban claras. Nadie, además, me había visto con la muchacha. ¿Por qué entonces me desasosegó tanto la mirada del policía?

Insistió:

—¿Usted cree en los lobos humanos, señor Connor?

—No lo sé. ¿Qué puedo decirle? Vi cierta vez una película que trataba de ellos.

—¿Y qué ocurría?

—Mataban a los seres a quienes más amaban.

—¿Amaba usted a Irma López? La pregunta me pilló de sorpresa.

Quedé helado y me temblaron bruscamente las piernas, aunque

fue solo un momento.

¿Por qué me había hecho esa pregunta?

¿En qué mundo absurdo trataba de hacerme penetrar?

—Perdone si le he hecho una pregunta incorrecta, señor Connor —me dijo en tono banal, cambiando de repente su actitud—. Quiero decir si usted sintió alguna especie de admiración por esta muchacha.

—Nunca hablé con ella más de dos palabras seguidas.

—Lo comprendo. Temo haber sido indiscreto.

Me tendió la mano.

—Gracias. Perdona que le haya molestado. Puede irse.

Un agente pasará por su hotel para que firme la diligencia de identificación, una vez la hayamos redactado.

Me alejé. Tenía la extraña sensación de que todo daba vueltas en torno mío. Pero ya en la puerta me volví para decir:

—Señor Ponce, usted sabrá algo de leyes.

—Sí, un poco.

—¿Qué le ocurrirá al asesino según, la legislación española?

—En teoría lo va a pasar muy mal, si es atrapado. Se trata de un asesinato con muchas agravantes, además de la alevosía: nocturnidad, desprecio de sexo, ensañamiento, premeditación... El fiscal pedirá la pena de muerte, eso es seguro. Pero no es tan seguro, que la apliquen. Y en todo caso aún queda el recurso ante el tribunal supremo. Y el recurso de gracia, que corresponde al jefe del Estado. En la práctica, ese hombre podría quedar saldado con quince años en la cárcel, o tal vez menos.

Apreté los labios con rabia antes de decir:

—O sea que no es seguro que lo pague con la vida...

—No, no es seguro de ninguna manera.

Rechiné los dientes.

No quería que él lo notara, pero una verdadera tempestad pasaba por mi cráneo.

—Gracias —dije. Y salí.

Cuando iba por la calle de Villarroel hacia abajo, un individuo que llevaba las manos en los bolsillos se despegó de la fachada.

Me estaban siguiendo.

Yo era un sospechoso, al menos de momento, hasta que las cosas se aclararan.

Pero me entraron ganas de reír.

¿Qué sabían ellos de lo que pensaba hacer?

¿Podían acaso imaginar que yo sabía punto por punto todo lo ocurrido?

¿Y que estaba especialmente preparado para esquivar a cualquier perseguidor, lo mismo en las ciudades que en las selvas?

Ocho minutos después, a la altura de la calle de Diputación, ya había dado esquinazo al policía.

Tomé el «Jaguar», que tenía encerrado en un garaje.

Y me dirigí a Sitges.

Sabía que allí encontraría a Avellaneda. Tenía alquilada una finca magnífica sin que lo supiera su mujer. Allí se había encontrado a veces con Marlén y con Laura. Yo lo sabía todo, porque desde Estados Unidos había ordenado un par de veces que detectives especializados investigaran sobre su vida. Todos los miércoles fingía ir a la reunión de una sociedad explotadora de terrenos de la que formaba parte y esperaba allí a una de las dos chicas, que llegaba hacia la una.

Consulté mi reloj.

Tenía tiempo de llegar yo antes. En Garraf dejé mi «Jaguar» y robé un «Simca» de unos novios que estaban haciendo el tortolito en un restaurante de la playa. Esto me costó medio minuto, porque una de las cosas que me enseñaron en Vietnam es a robar coches. Calculé que en media hora podía estar de vuelta.

De ese modo no verían mi «Jaguar» en Sitges.

Al llegar a la hermosa villa marinera, la atravesé y subí por las colinas hasta un chalet enclavado a poca distancia. El chalet tenía un precioso jardín. Llamé y fue el propio Avellaneda quien vino a abrirme la puerta.

Sin duda estaba solo.

Puso unos ojos como platos al verme. Y debió notar algo extraño en mi cara, porque intentó dar un paso atrás.

No pudo.

Tendí, las manos hacia él e hice algo que había realizado ya muchas veces, durante la guerra.

Fue muy fácil. Espantosamente fácil. Murió en el acto.

Cargué el cadáver sobre los hombros y lo introduje en el portaequipajes del «Simca». Luego rodé por un camino tortuoso

hasta un pequeño bosque de pinos y cipreses y allí, entre unos matojos, oculté el cadáver.

Existía la posibilidad de que lo descubrieran.

Pero esa posibilidad era muy pequeña. Y además, fuese como fuese, yo tenía que jugármela.

Descendí y volví a Garraf.

Los novios seguían acaramelados y sin darse cuenta de nada.

Tampoco se dio cuenta nadie de que dejaba el «Simca» intacto y tomaba el «Jaguar». Rodé con él hacia Barcelona, dando un rodeo por Gavá, y durante el día hice una serie de cosas perfectamente normales, procurando que se me viera por la ciudad.

A las nueve de la noche vino un policía a que firmara el acta de identificación. Lo hice.

Luego salí.

Había un par de fisgones más en la puerta, y me siguieron. Dejé que vinieran detrás de mi cosa de media hora, mientras daba vueltas y más vueltas.

Al fin, en una de las calles estrechas de Sarriá, les despisté.

Eran muy buenos conductores, pero no pudieron con la velocidad de mí «Jaguar».

Hice en tres bocacalles maniobras que parecían suicidas, pero que estaban perfectamente calculadas. Y me los sacudí.

Ellos no tuvieron la culpa. Hubieran necesitado otro «Jaguar» para perseguirme con éxito.

Rechiné los dientes mientras pensaba que también estarían buscando a Avellaneda como unos locos.

Pero sólo yo sabía dónde encontrarle.

Me dirigí hacia Sitges bajo las sombras de la noche.

Volaba por la carretera, desafiando los discos con límite de velocidad. Los coches que iban delante mío pasaban a estar detrás en un instante y pronto eran insignificantes puntitos de luz. Al llegar a Sitges me remonté hasta la finca de Avellaneda.

Sabía que corría un serio peligro. En primer lugar la policía podía haber averiguado lo de aquel «nidito» suyo, aunque no era probable en tan poco tiempo, porque Avellaneda lo tenía muy en secreto, y mis sabuesos especializados tardaron quince días en descubrirlo.

En segundo lugar, alguien podía haber dado con el cadáver.

En un caso u otro, la casa estaría vigilada.

Pero también necesitaba jugarle el tipo en eso. No había otro remedio.

Y me lo jugué.

Poco después, con los faros apagados, llegaba al bosquecillo donde había dejado el cuerpo por la mañana.

Estaba igual que antes, entre los arbustos. Nadie lo había descubierto.

Lo cargué en el amplio portaequipajes del «Jaguar» y regresé a Barcelona.

Pero esta vez respeté todos los discos de limitación de velocidad y no adelanté a nadie antirreglamentariamente.

No podía exponerme a un tropiezo con la policía de tráfico.

CAPÍTULO III

Paris octubre

Los entendidos dicen que la primavera es maravillosa en París.

Yo, que soy más entendido aún, creo que es mejor el otoño.

He estado en París muchas veces. Conozco sus calles, sus monumentos, sus tugurios, sus secretos.

Hablo el francés como si fuera mi propia lengua.

Las chicas de París me gustan. Son amables, reidoras, tolerantes y con ese puntito de *sexy* desvergonzado que se encuentra en tan pocos lugares del mundo, y que a mí tanto me gusta.

Desembarqué en Orly veinticuatro horas después de haber matado a Avellaneda.

Hice el viaje en clase «Presidente especial».

Como un señor.

Mi cigarro habano valía tanto como para otros vale una caja.

Y así fue como conocí a Roland. Entre acariciantes volutas de humo.

Roland era de la Sureté.

Alto, rubio y con las facciones que parecían talladas en piedra. Tenía planta de boxeador del peso fuerte, de campeón si se quiere. Pero en realidad no era más que un sucio policía que se arrastraba por los aeropuertos, las estaciones, los hoteles de lujo en busca de personas como yo, de personas importantes.

No me fue simpático. No, ni pizca.

Y eso que me saludó correctamente.

Pero me miraba de la misma forma extraña como me había mirado Ponce en Barcelona.

—¿Señor Connor?

—Sí.

—Perdone que le haya esperado. Policía.

Y me mostró su placa.

—¿Qué quiere?

—Me han telegrafiado desde Barcelona.

—Salí de allí con permiso. Di cuenta a la policía de que iba a viajar hasta París.

—Sí, ya me lo han dicho. La policía no tenía ningún motivo para retenerle en el país, aunque parece que usted se dedicó a esquivarla. Reí suavemente.

—Estaba en mi derecho, ¿no? Creo que no había razón para que me molestasen.

—Era pura rutina, señor Connor.

—Bien..., ¿y lo de usted también es pura rutina?

—Efectivamente. Sólo quiero rogarle que no se vaya de la capital sin avisarnos. Hay pequeños detalles en los que usted nos podría orientar, ¿comprende? Le doy las gracias y le prometo que no le molestaremos.

El pájaro se alejó.

Se alejó con sus cabellos rubios, con su placa de la policía francesa y con sus «rutinas» que no engañarían a un hombre como yo.

Le vi alejarse entre volutas de humo.

Sabía de sobras lo que pensaban... En Barcelona, Ponce se habría vuelto loco con la repentina desaparición de Avellaneda.

Pensaría muchas cosas. Una de ellas que era el culpable y que se había largado quién sabe a dónde. Otra, que se había suicidado y que aún no había encontrado el cadáver. Quizá podía pensar también que yo lo había quitado de en medio.

Y que le había aplicado la pena de muerte que merecía. Una pena que él no me pudo prometer en el depósito de cadáveres.

Tomé un taxi y me largué a un hotel de lujo.

El Crillon.

Alfombras con un palmo de grosor, camareros atentos, chicas guapas que están esperando a que uno les de una oportunidad.

Por teléfono pedí que me alquilaran un «Mercedes» 200 sport. Lo tuve en el garaje del hotel cuando apenas había terminado de ducharme, cambiarme de ropa y beber mi primer *whisky* del día.

Fui con él a ver al dueño de un almacén donde campeaba el

título de Conciérge Frères. El dueño era un tipo narigudo que también arrastraba la lengua por los suelos cuando veía a un cliente en un coche lujoso. Los de Conciérge Frères eran consignatarios de transporte de las líneas aéreas, y yo había enviado a París algunas máquinas delicadísimas por mediación suya. Ahora tenía que recoger una.

Era del tamaño de un baúl y estaba cuidadosamente embalada.

El de la nariz y la lengua largas se extrañó de que viniera yo mismo.

—¿Por qué se ha molestado, señor Connor? Con mucho gusto la habríamos enviado a su agencia. Además, ¿cómo va a transportarla?

—Perdone, pero esta vez no me fío de nadie. Es una máquina tan delicada que si le dan un golpe puedo perder muchos miles de dólares y además lograr que me anulen un contrato. La llevaré yo mismo.

¿Pueden dejarme un coche grande donde quepa?

—Claro que sí, señor. El mío. Véalo. Es un «Peugeot».

En efecto, era un «Peugeot» grande, y en el portaequipajes cabía el «paquete» bien.

—Volveré a recoger mí «Mercedes» dentro de un par de horas.

—No se preocupe, señor Connor. Hasta las seis de la tarde no salgo de aquí.

Fui con el coche y la carga a buena distancia de París, hasta alcanzar las orillas del Marne.

Son unas orillas maravillosas. Dulces suaves, lánguidas, iluminadas por una luz dormida que invita a pasear en barca de remos mientras se susurran cosas al oído de la mujer amada.

Pensé que era un buen sitio para que Avellaneda durmiera eternamente.

Acerqué la popa del coche a la orilla, de modo que las ruedas posteriores casi se hundían en el agua.

Nadie me veía. Aquello estaba tan solitario como el desierto del Sahara.

Saqué el paquete y lo deposité en la orilla, ya medio hundido. No necesito decir que dentro iba el cuerpo de Avellaneda, metido a su vez dentro de una magnífica computadora que estaba vacía por dentro, y que no era en realidad más que un recipiente. En la Aduana no habían examinado más que muy superficialmente el

recipiente por fuera. Y como su peso era conecto y el cadáver aún no olía absolutamente nada, ni desprendía una sola gota de sangre... Extraje entonces algo qué llevaba en el bolsillo y que había llevado durante todo el viaje.

Era un fino cable de seda arrollado, a cuyo extremo había un resistente anzuelo.

Encajé bien el anzuelo en los ligamentos del paquete. Y fui andando por la orilla hasta una curva del río, que formaba un entrante.

Tenía el paquete a unos veinte metros, pero yo estaba mucho más metido en el río, gracias a la curva.

Tiré del hilo, que resistió perfectamente, arrastrando el bulto. Éste se sumergió poco a poco y pude arrastrarlo hasta el centro del Marne.

Se hundió a unos cinco metros de profundidad.

Entonces arrojé también el cable de seda, que poco a poco, al empaparse, se fue hundiendo.

Supuse que era muy difícil que encontraran aquello.

El río estaría muy crecido hasta el mes de junio siguiente.

Y para entonces el sedimento y el fango ya habrían tapado casi por completo la caja. Además Avellaneda, que no llevaba encima ropas ni documentos, estaría completamente irreconocible. Y yo había arrancado antes todos los números y marcas de la carcasa de la máquina, para que fuese muy difícil identificarla.

En fin, quizá en esto hubiera algún punto flojo, pese a todas las precauciones que había tomado.

Pero me la jugué.

En esta clase de asuntos no hay más remedio que hacerlo.

Cuando volví a París, me sentía mucho más tranquilo.

El dueño del Conciérge Frères me recibió con la mejor de sus sonrisas.

—Ya lo sabe, señor Connor. Si algo más necesita...

Yo necesitaba una chica.

Pero no iba a decírselo a aquel tío, claro.

De modo que tomé el «Mercedes» y me largué.

¿Chicas en París? Las que usted quiera, amigo.

Pero no puedo explicar a nadie cómo me fue. Lo siento.

La casa estaba en pleno bulevar Saint Michel.

Era alta y nueva: conté diez pisos. No encajaba demasiado con los edificios contiguos, que tenían el sabor y la pátina del tiempo. Este edificio, todo de acero y cristal, me pareció feo. Era como un atentado a la peculiar estética de aquella calle, que tiene uno de los ambientes más sugestivos del mundo.

Pero allí, en la planta séptima, estaba la delegación desde la que yo trataba de introducir en Francia mis máquinas computadoras.

El que estaba al frente del negocio era un tal *monsieur* Gornal.

El negocio era francés, como en Barcelona el negocio era español. La empresa de mi hermano se limitaba a tener una participación y la exclusiva de las patentes, que era lo que contaba. Sin ellas, el negocio hubiera tenido que dedicarse a vender calcetines.

Todas las empleadas eran también chicas. Táctica elemental, amigo. Para demostraciones, no hay nada mejor.

Mientras le hablan de máquinas, usted se fija en sus piernas.

Y compra.

Compraría las dos cosas, desde luego, pero tiene que conformarse con una.

Las fui repasando mientras me las presentaban.

¡Qué bombones!

Desde la opulenta Patricia, que le dejaba a uno medio muerto con una mirada, hasta la frágil Selene, que era como una deliciosa muñequita de porcelana japonesa.

Monsieur Gornal me habló luego de los negocios.

No iban ni bien ni mal.

De todos modos nos estábamos introduciendo en el mercado.

Lo que resultaba distinto era el ambiente de trabajo.

En Francia el sindicalismo es muy fuerte.

Monsieur Gornal tenía que andarse con mucho cuidado en lo referente a horas extras y otras zarandajas. Pero también es muy fuerte la galantería. Y el buitre andaba como un loco detrás de dos o tres de las chicas, esperando que a él también le hicieran demostraciones, y no precisamente de las máquinas.

Yo lo sabía todo acerca de él.

Que había tenido un lío fuerte un año antes. Que su mujer le esperaba todas las noches con una bayoneta. Que la que más se inclinaba a aceptar sus favores, era la monumental Patricia.

A mí también me gustaba, demonios.

Era una mujer completa, una auténtica señora a tout plein.

Resultaba cautivador verla escribir al dictado.

Yo me harté de dictarle cartas. Así, a porrillo.

Incluso cartas a clientes que no existían.

Y la muy condenada llevaba cada día un nuevo color de medias, unos zapatos de nueva línea o un vestido diferente. Me tenía obsesionado. Era una mujer como para morirse, no existía término medio. Pronto me enteré (fue al tercer o cuarto día) de que Gornal había hecho grandes progresos.

No en vano el tío había estado preparando el asunto desde un año antes.

Yo no podía alcanzarle en tres días.

Pero él le hacía regalos en francos desvalorizados y yo se los podía hacer en dólares sin desvalorizar. El segundo era yo.

Cuando lo supe, me mordí los labios con una especie de secreta furia.

Nunca me ha gustado ser el segundo.

En nada.

Y por eso las sugestivas; largas y llenitas piernas de Patricia ya me parecieron menos sugestivas a partir de entonces.

Aquella noche...

Bueno, ahora lo recuerdo muy bien.

Durante bastante tiempo, mi mente ha estado nublada. Algunos detalles resultaban muy confusos para mí.

Pero eso lo recuerdo perfectamente.

Fue la noche después del cuarto día.

Aquella noche Gornal había insistido en que quería verla de nuevo.

Quizá su mujer se había ido a pasar unos días con su madre.

No lo sé.

El caso era que el buitre tenía la noche libre. A la hora de salida recibí dos noticias.

Una era la del lugar donde estaba el nidito de *monsieur* Gornal. Me la facilitaba una agencia de investigaciones privada.

La otra era un telegrama. Decía simplemente:

«Hola, Richard». Nada más.

Ni una firma.

Pero había sido expedido desde la oficina telegráfica del aeropuerto de Orly, lo cual indicaba que el hombre que lo había expedido estaba en París.

Porque era un hombre. Yo lo sabía.

Guardé el telegrama en el bolsillo, hice un gesto de contrariedad y me dispuse a pasar la noche lo mejor posible.

Necesitaba olvidarme de muchas cosas.

¡Y en París es tan fácil olvidar!

Uno solo se acuerda de la triste realidad a la hora de pagar la cuenta.

CAPÍTULO IV

Ya estaba otra vez el tío allí. Roland.

Me pareció más inoportuno que nunca, con sus facciones pétreas, su planta de campeón y aquellos ojos entrecerrados que me miraban de una forma tan extraña.

—Policía —dijo.

Como si yo no lo supiera.

Pero no me mostró la placa. Se limitó a hacerme una seña.

—Venga.

Le miré entre las volutas de humo de mi cigarro habano que valía (usted ya lo sabe) por toda una caja.

Estábamos en mi despacho del edificio de cristal del bulevar Saint Michel y hacía un día de magnífico sol.

—¿Qué pasa?

—Venga y lo verá.

—No tiene ningún derecho a hacerme ir como un perrito, tirando de la cuerda. Soy súbdito del Tío Sam.

—Naturalmente que sí, señor —me dijo burlonamente—. Con todos mis respetos.

Y me sacó de allí.

Reconozco que su comportamiento fue correcto.

Pero reconozco también que el tipo me fastidiaba, con aquella especie de solemne seguridad que se desprendía de él.

Nos metimos en un «DS19» negro, ya bastante antiguo.

Era lógico. La policía no podía aspirar a nada mejor.

Y me llevó al hotel Dieu, o sea por decirlo de algún modo el hospital oficial de París, muy cerca de Notre Dame.

El barrio me gusta.

Hasta me gusta el hotel Dieu, que tiene un elegante estilo neoclásico. Pero no me gustaba aquella sala amplia, grande, inhóspita.

Me llevé una mano a la cara, tapándome los ojos.

Roland musitó:

—Más valdrá que mire, señor Connor.

Miré.

¡Qué asco me dio aquello! ¡Qué terrible es ver una mujer tan hermosa completamente aniquilada, completamente destruida!

Roland me empujó un poco hacia la mesa.

—Mírela bien. Sé que no es agradable, pero conviene identificarla.

—Es... Es Patricia.

—¿Trabajaba con usted?

—No exactamente. Pertenecía a la empresa de Isaac Gornal, de la que soy asociado.

—Le agradecería que firmara el acta de identificación.

—Sí..., claro. Éstos ya la llevaban preparada, como si estuvieras muy seguros de que iba a firmarla.

Mientras me la tendían, miré a Patricia.

La había visto en mejores circunstancias, desde luego.

Con las piernas cruzadas.

Con aquellos colores de medias tan provocativos que ella solía elegir. Con la boca pulposa y fresca.

Ahora estaba convertida en una ruina.

El cuerpo de la muchacha tenía una blancura casi irreal.

Y aquellas marcas... También la habían degollado segándole la garganta.

Como si la hubiera matado un lobo.

Diversas partes de su cuerpo también habían recibido el terrible castigo.

Era..., era algo difícil de explicar. Por un momento no comprendí cómo Roland podía permanecer tan impasible.

—Bien —dijo—. Firme. Lo hice.

—¿Dónde la encontraron? —balbucí.

—En un bosquecillo a unos veinte kilómetros de París, cerca de la carretera de Orleáns. Debieron matarla cerca de medianoche.

En un bosquecillo cerca de la carretera de Orleáns... Por allí tenía Gornal, alquilado su nidito. Claro que la policía no debía haberlo averiguado aún. O quizá lo sabía ya, y se reservaba esa carta.

—¿Puedo saber qué piensan hacer? —susurré.

—Investigamos.

—¿En qué dirección?

—¿No opina que tal vez pregunta demasiado, señor Connor?

—Trato de decir... que si han molestado para algo a mi socio, el señor Gornal.

—¿Por qué habíamos de hacerlo? La pregunta era intencionada. Di marcha atrás.

—Simplemente por una razón: la chica era su empleada.

—Pero no la mataron en horas de trabajo, claro.

Y me ofreció un cigarrillo con una leve sonrisa.

—No, gracias. Sólo fumo habanos.

—En fin... Le diré qué no hemos molestado al señor Gornal. Sólo los trámites de identificación, naturalmente. Por lo demás, está en libertad, con la advertencia de que no se mueva de París.

—¿Yo puedo moverme?

—Por supuesto que sí. Pero antes de tomar una decisión de esa clase, tenga la bondad de consultar con la policía.

Apreté los labios.

A buen entendedor, pocas palabras bastan.

En cuanto consultara, me saldrían con cualquier pejiquera para retenerme en la capital todo el tiempo que les viniera en gana.

—Bien —susurré—, procuraré no darles preocupaciones.

—Nosotros tampoco, señor Connor. ¿Le acompaño?

—No, gracias. Tomaré un taxi. Cuando salía del depósito de cadáveres, un tipo alto y delgado tropezó conmigo.

—Perdone.

—No se preocupe.

Le miré al alejarse. No le conocía, Y salí definitivamente de allí. París me parecía una ciudad distinta. Acababa de descubrir que las hermosas muchachas de la ciudad también terminan estando muertas...

CAPÍTULO VI

Mientras me duchaba, me cambiaba de ropa y tomaba mi tercer *whisky* del día, decidí lo que debía hacer con *monsieur* Gornal.

Del muy buitre no sabía nada.

¿Estaría en casa, vigilado a punta de bayoneta por su mujer? ¿Habría tratado de huir? ¿Lo habrían tenido que hospitalizar, después de la escenita de Patricia muerta?

Lo primero que hice fue ir al despacho de un buen abogado.

Conocía a bastantes en París. Había tenido que acudir varias veces a ellos por cuestiones de negocios.

Nunca por un asunto criminal. Pero alguna vez se empieza.

El tipo al que acudí tenía una secretaria vieja y fea como los pergaminos de que estaba lleno su despacho. Entre tantos libroles cubiertos de polvo, enseguida me sentí mareado. Pero mi consulta fue breve:

—¿Qué le ocurriría a un hombre que asesinara a una muchacha a dentelladas, con premeditación, alevosía, nocturnidad; abuso de confianza y todas las agravantes que usted quiera?

El abogado me miró sorprendido. Yo sabía que aún no habían aparecido los periódicos de la tarde con la noticia del crimen. Ni la radio ni la televisión habían dicho nada tampoco. Por tanto, no podía estar enterado.

—¿Qué caso trata de presentarme? —balbució—. Es una pregunta puramente técnica, y le pagaré lo que me pida por la respuesta...

—Pues... Bueno, no, es tan difícil responder a eso, después de todo. Iría a la guillotina.

—¿Seguro?

—Nada hay seguro en este mundo, amigo mío, y menos en el terreno de la ley.

—Explíquese mejor.

—Verá... Suponga que a ese hombre se le da por loco. Es lo normal, en un tipo que comete un crimen así.

—Comprendo.

—En ese caso —murmuró el abogado—, no iría a la guillotina, sino a una clínica mental. No sólo no le matarían, sino que procurarían cuidarle lo mejor posible; Y hasta tal vez saliera, si se curaba, al cabo de quince o veinte años.

—¿Sólo con eso ya pagaría su crimen?

—En términos legales es muy posible que sí.

Produje un chasquido con dos dedos.

—Gracias. ¿Qué le debo?

—Cincuenta francos... Se los pagué y marché.

Sabía dónde encontrar a Gornal. Mis servicios de información, que funcionaban en un país aunque yo estuviera en otro, siempre habían marchado perfectamente.

Gornal tenía un pequeño rincón en el suburbio de Neuilly. Un sótano sin ventilación apenas. No recibía allí a sus amiguitas, sino que hacía algo más importante: copiaba nuestro sistema de computadoras y trataba de mejorarlo, para así poder lograr una patente propia que le convirtiera en millonario.

Lo que se dice un empleado leal, vamos.

Pero en este mundo todos tenemos derecho a defendernos, de modo que yo, hasta entonces, le había dejado hacer.

Él realizaba experimentos incesantes.

Tenía una instalación muy completa y costosa.

Su mujer conocía, claro, aquel nidito donde no entraban chicas, sino transistores y transformadores de baja frecuencia.

Gornal no disponía allí de teléfono para no tener que ponerlo a su nombre, lo que hubiera sido un lío. Así su mujer no podía llamarle.

Y él, con el cuento de los experimentos, muchas veces los realizaba en otro sitio y de otra clase. ¿Qué quieren que les diga?

Uno tiene que defenderse cuando le atacan con una bayoneta.

Supuse que esa noche Gornal estaría allí.

Era un sitio para pensar, para sentirse solo, para sentirse seguro.

Tomé el «Mercedes» y me fui a Neuilly.

Buen barrio, pata el que le gusta lo popular.

Pero a mí que me den el hotel Crillon y los habanos de un dólar.

Dejé el «Mercedes» antes de llegar allí y robé un «Simca». Soy especialista en ellos, ¿comprenden? Se me dan muy bien. Conduje a poca velocidad y entré por la rue des Courriers, angosta y oscura. Pude encontrar un rincón donde meter el coche y me colé hasta el sótano donde debía estar Gornal.

Creo que nadie me vio.

Abrí la puerta con una llave falsa. Fue cuestión de un momento. Incluso no hice ruido.

Gornal estaba vuelto de espaldas. De pronto oyó un chasquido y se volvió.

Sus facciones se cubrieron de una palidez mortal.

—Señor Connor..., ¿qué hace aquí?

—Quiero hablarle, Gornal.

—Usted no... no...

—¿No qué...?

De pronto el fulano atacó. Debía estar nervioso, desesperado.

Muerto de miedo.

Llevaba en la derecha una especie de bisturí, con el que estaba realizando un complicado montaje electrónico, y trató de clavármelo directamente en el corazón.

El tío no sabía con quién se la jugaba.

No sabía que yo había estado actuando con los «boinas verdes».

Fue un juego de niños desarmarle y romperle el brazo, Le tapé rabiosamente la boca con la mano para que no gritase. Le tapé también la nariz y apreté con todas mis fuerzas.

El tío pataleó, trató de golpearme, trató de dejarme los tobillos hechos polvo.

Claro, era su última oportunidad. Pero no le sirvió de nada.

Cuando le hube matado por asfixia pura y simple, pensé que de algún modo tendría que desembarazarme del cadáver.

Si lo dejaba allí, no tardarían en descubrirlo por el hedor.

Y además, su mujer conocía el nidito.

Vacilé unos minutos, porque resultaba muy difícil sacar un cuerpo a la espalda en la superpoblada barriada de Neuilly.

Me verían hasta los guardias del tráfico.

Tenía que pensar en otra cosa. Y de pronto di con la solución.

Había allí una pequeña piscina donde apenas cabía estirado un hombre, pero que era bastante profunda, hundiéndose en el suelo

del sótano. Por medio de conducciones eléctricas, se producían allí experimentos de catálisis. Gornal necesitaba todo aquello para saber qué clase de materiales iba a poder emplear en su máquina y cómo se comportaban ante las diferentes tensiones de la electricidad.

También tenía muchos reactivos. Entre ellos un pequeño bidón de ácido sulfúrico.

Desnudé a Gornal, hice un pequeño paquete con sus ropas y lo introduje en la «piscina» tal como vino al mundo. Luego fui arrojando el ácido sulfúrico poco a poco sobre su cuerpo, hasta cubrirlo enteramente.

Tuve buen, cuidado de no resbalar yo también y de que no cayese nada de agua.

Se hubiera producido una catástrofe.

Tampoco fue agradable aquello, puedo asegurarlo.

Me parecía que hasta mis pulmones quemaban.

Pero ningún olor trascendió fuera del sótano; y por otra parte pude tener la seguridad de que todo el cuerpo de Gornal iría quedando abrasado.

Claro que lo identificarían por los dientes y por las medidas anatómicas.

Pero yo me encargaría de que la cosa tuviera otro aspecto.

Esparcí un poco de ácido por las baldosas inmediatas a la piscina, para que pareciesen las salpicaduras de un cuerpo al caer.

De ese modo podía parecer que Gornal se había arrojado a aquel lugar. Que se había suicidado de una forma horrible.

Pero todos los suicidios lo son. Hay quien lo intenta bebiendo sulfumán. Hay quien se quema vivo. Hay quien... Bueno, ¿para qué seguir?

A mí no me gusta hablar de suicidios, y supongo que a usted tampoco.

Dejé las ropas en muy buen orden, como si se las hubiera quitado él mismo.

Luego salí de allí. Nadie me vio tampoco. Quiero decir que no se fijaron en mí especialmente.

La policía, quizá tuviera controlado mí «Mercedes», pero no un sencillo «Simca».

Cuando llegué al sitio donde lo había robado, ya había otro aparcado en su lugar.

Claro, era lógico.

Lo dejé de cualquier manera, anduve unos centenares de metros hasta llegar a otra calle, donde había dejado mí «Mercedes», y me alejé tranquilamente.

Estaba seguro de que no me seguían. Y si lo hacían, habían perdido mi pista.

Todo iba a marchar bien, estaba seguro.

Regresé al hotel Crillon y aquella noche dormí como un bendito.

CAPÍTULO VI

Tuve un mal despertar.

De pronto oí la voz de Roland.

—Más valdrá que se levante y se dé una buena ducha para despabilarse, señor Connor.

Abrí los ojos.

El tipo estaba allí, con las piernas entreabiertas, ante la cama, mirándome con aquella fijeza casi hipnótica.

Pero sonreí.

No iba a asustarme ante un policía; por muy franchute que fuera.

—¿Qué le pasa? ¿Cómo ha entrado en mi habitación?

—Lo he hecho, eso es todo.

—¿Tiene permiso judicial?

—No.

Pensé que aquello ya era demasiado.

Tenía que poner a raya a aquél tipo o acabaría bailando un cancan encima de mis huesos.

De modo que salté.

Lo hice con una rapidez fulminante.

Yo creo que no lo esperaba.

¿O sí?...

El gancho que recibí me envió de nuevo contra la cama. No llegué a tocarle. Giré sobre mí mismo y quedé con la cabeza en la almohada, sintiendo que la habitación daba en torno mío un par de vueltas.

Pero eso duró sólo un instante. Pude atacar de nuevo.

Estaba entero.

Y sabiendo ahora cómo pegaba el tipo, no me iba a ser difícil romperle la pierna de un plantillazo.

Pero él pareció adivinar mis pensamientos.

—No lo haga, Connor.

—¿No hacer qué? —Ya sé que tiene fuerza. Quizá demasiada. Me mordí el labio inferior.

Había hecho mal lanzándome a aquel ataque. Tenía que mostrarme como un hombre tranquilo e incluso algo débil. Era la única forma de que no me relacionaran con un asesinato.

—Bien... —susurré, tascando el freno—. He tenido un mal momento. Puede estar aquí todo el tiempo que guste.

—Eso es distinto. Hala, dúchese. Lo hice, mientras el tipo se sentaba tranquilamente en una de las butacas.

—¿Se siente más despabilado ahora, señor Connor? —me preguntó mientras yo me cubría con un albornoz blanco.

—Cuando haya tomado mi primer *whisky* del día.

—Pues adelante. Empapúrrese. A mí no me importa que la gente saque scotch hasta por las orejas, con tal de que hable.

—¿Hablar de qué? No me contestó.

Me preparé un buen doble y empecé a beberlo con rapidez, mientras también me sentaba.

—¿Qué le pasa, Roland?

—Está usted metido en un mal paso, Connor.

—¿Por qué?

—Usted estuvo en Barcelona y una chica murió en circunstancias no sólo trágicas, sino repugnantes. Ello le hizo conocer a un inspector llamado Ponce, que no tiene un pelo de tonto.

—Bien. ¿Y qué?

—Le dejó salir del país, pero nos previno a nosotros. Era curioso que uno de sus socios, un tal señor Avellaneda, de quien tenemos pésimas referencias morales, hubiera desaparecido.

—Yo no tengo la culpa. No me lo he llevado en la maleta.

Y temblé interiormente pensando que pudieran preguntarme por la máquina electrónica.

Les bastaría invitarme a mostrársela, para meterme en el apuro más grande que se pudiera soñar. Pero si un hombre que mata no piensa en todo, el policía que investiga tampoco puede hacerlo. Aún no se habían enterado de lo de la máquina llegada a Orly. Posiblemente no llegaran a saberlo nunca.

—No, no se lo ha llevado en la maleta, Connor. Ni siquiera ha

podido establecerse una relación entre ustedes dos, hacia las horas en que Avellaneda dejó de ser visto. De modo que hasta aquí la cosa podía quedar satisfactoriamente resuelta para usted. Pero en París ha muerto otra chica en parecidas circunstancias, y también ha desaparecido el hombre que la tenía contratada.

Fingí asombro.

—¿Dice que Gornal ha desaparecido?

—Sí. Nada se sabe de él.

«Claro... —pensé—. Lo volaticulé anoche...»

—No pretenderá acusarme de eso... —dije en voz alta—. Yo no tengo la culpa. No vigilo a mis socios ni puedo hacerme responsable de lo que a éstos se les ocurra idear para pasar el tiempo.

—Tiene razón, pero reconozca que las circunstancias son más que extrañas, amigo.

Palidecí.

—¿Pretende decir que..., que yo...?

El tío me ponía nervioso, no lograba evitarlo. Me era más insufrible cada vez.

Y dejé de hablar.

No sabía lo que me ocurría. Bruscamente me había puesto a temblar.

Y en el fondo era una tontería. Cuando se lo explique a ustedes, dirán: En efecto... ¡Pero qué tontería más grande!

Lo ocurrido era sencillamente esto: Roland acababa de extraer un papel doblado de su bolsillo y me lo tendía.

Yo conocía aquel papel.

Era un telegrama recibido por mí mismo muy poco después de llegar a París. Aquel telegrama sin firma y en el que se contenía simplemente una fórmula de saludo.

—¿Cómo lo tiene? —balbucí.

—Reconozco que fue obrar contra la ley, pero necesitaba estar seguro de algo. ¿Recuerda que al salir del depósito de cadáveres tropezó con un hombre alto y delgado?

—Sí... Lo recuerdo.

—Era uno de los más acreditados carteristas de Francia. Un tipo que incluso podría hacer exhibiciones de circo. De vez en cuando rompemos algún atestado policial en el que sale su nombre a cambio de que nos haga pequeños favores, como, por ejemplo,

«limpiar» de sus papeles a alguien sin que ese alguien se entere. En ese caso el objetivo era usted. Y lo que nos interesaba era un telegrama que sabíamos había recibido y que queríamos encontrar. Parpadeé.

Me di cuenta entonces de que estaba metido en el centro de una especie de círculo de hierro.

La policía lo apretaba cada vez más. Mis movimientos eran seguidos paso a paso, aunque por fortuna no habían llegado a descubrir lo más importante.

El modo como yo había vengado a aquellas dos chicas.

Y esperaba que no llegaran a descubrirlo.

Roland musitó:

—¿Qué le pasa, señor Connor?

—¿Por qué?

—Está pálido...

—Estoy pálido de rabia, agente de la Sureté. Estoy asqueado de sus métodos y de los sistemas que emplean para extorsionar a la gente. Ni tenía derecho a entrar en mi habitación, ni lo tuvo para robarme. Si se molesta en consultar mi agenda, ya que tanto interés siente por mis cosas, verá que en ella figuran los nombres y direcciones de los mejores abogados de París. A todos ellos les he dado buenos asuntos relacionados con la patente de mis computadoras electrónicas. No me costará nada descolgar el teléfono y meterle en un lío, Roland. A usted y a sus jefes sentados en las poltronas, teniendo a sus espaldas el retrato del presidente Pompidou. Jefes muy «legales», pero que tratan con ladrones y con carteristas. ¿Me ha entendido? ¿O cree que no soy capaz de hacer eso?

Roland me escuchaba atentamente.

Impávido.

Estoy seguro de que me había entendido.

Pero tenía un as en la manga y el buitre lo sacó cuando dijo:

—¿Quiere que tiremos de la manta, amigo Connor?

—¿Qué... manta?

—Si usted descuelga el teléfono y llama a uno de sus abogados para que me meta en un lío, yo también hablaré. Diré exactamente cómo están mis investigaciones y las que hizo Ponce en Barcelona. Todo el mundo sabrá por dónde van nuestras sospechas.

—No le entiendo.

—Claro que me entiende. La clave está en este sencillo telegrama sin firma. Lo expidió desde el aeropuerto de Orly un hombre que acababa de llegar a París. Ponce está haciendo ahora comprobaciones en Barcelona. Se supone que el mismo hombre llegó también allí, más o menos siguiéndole a usted.

Apreté los labios.

Me daba cuenta de que estaba en un callejón sin salida y de que me acercaba a pasos de gigante a la pared del fondo, en la cual quedaría irremediabilmente atrapado.

Susurré:

—¿Quién creen que es ese hombre?

—Un millonario.

—¿Cómo sabe que lo es?

—Hemos investigado en las cuentas corrientes que usted y él tienen indistintamente. Aunque los empleados y el negocio que tienen en Estados Unidos se hallan inscritos a nombre de la madre de usted, la eminencia gris, el que lo dirige todo, el que ideó las patentes y las puso en práctica, fue el remitente de ese telegrama. Es pocas palabras: fue John Connor. Fue su hermano. ¿Lo entiende?

Me pasé la mano por la boca. Claro que lo entendía.

Y no me gustaba.

Me puse en pie y me preparé mi segundo *whisky* de la mañana. Quizá estaba bebiendo demasiado, pero lo necesitaba. Lo apuré de un trago.

—No mezcle a mi hermano en esto —dije.

—Lo siento, pero debo hacerlo.

—Entonces búsquele a él. No me explique nada, maldita sea.

¡Búsquele a él!

Mis últimas palabras habían sido un grito. Estaba al borde del *shock* nervioso. Y aquel maldito de Roland se complacía en eso, dándose cuenta de que me hacía perder los estribos.

Claro.

Era parte de su sucio trabajo. Como el fiscal que te pone nervioso en el interrogatorio, sin atenerse a las normas jurídicas. O como al verdugo que te ejecuta.

Extrajo unos papeles más.

—Lo siento, Connor —dijo—, pero hemos buscado a su hermano

por todas partes. Puedo asegurarle que la mitad de la policía de París está ahora empeñada en una gigantesca caza del hombre. Por desgracia sin resultado alguno. Y por eso le llamo a usted. Llamo a su conciencia de hombre civilizado. Le pido por favor que colabore. Sé que usted quiere a John.

Cerré los ojos.

—Sí. Le quiero —musité. Y añadí furioso:

—¡Pero no le mezcle a él en esto!

—Lo siento. Tengo que mezclarle.

Y me mostró los papeles que acababa de sacar. Eran fotocopias de dos certificados de nacimiento. Extendidas en inglés por un juzgado de Nueva York.

Hacía justamente treinta años.

Yo entiendo el inglés, claro, puesto que es mi idioma. Y Roland lo entendía por haberlo aprendido.

—Se trata del nacimiento de dos varones —dijo—. Dos gemelos. Es decir, John y usted. Su padre había muerto antes de que nacieran, y su madre los inscribió como hijos legítimos. Y lo eran, por supuesto. Hasta aquí todo está claro.

—Sí —dije—. Todo está claro.

Pero yo sabía por dónde iba a ir el tío.

Y le odié con toda mi alma cuando dijo:

—Eran, sobre todo, hijos de su madre.

—¿Qué trata... de insinuar?

—Perdóneme, pero hay unas muertes de por medio y yo tengo que llegar hasta el fin. Tengo que prescindir de delicadezas. He de hablarle de su madre aunque no le guste.

Me tapé los ojos con las manos. Estaba a punto de saltar.

Pero me contuve porque me iba mucho en aquello. Porque no podía agredir a un policía y ganarme así su odio. Al fin y al cabo yo había matado a dos hombres.

Me aconsejé a mí mismo, con las facciones crispadas: «Paciencia... Paciencia...»

Él continuó:

—Debo hablarle de su madre, la cual no tuvo la culpa de ser así. He estado investigando en los archivos de la policía norteamericana, por medio de la Interpol, y me han sido enviados por radio una serie de datos que considero imprescindibles. Por

ejemplo, su madre estuvo encerrada tres años en un manicomio.

Yo seguía sin mirarle.

Seguía con las manos apretándome los ojos.

—No siga —mascullé—. Está revolviendo toda mi vida. La está manchando, y no sólo de fango, la está manchando con heces de perro.

—Lo siento, pero he de continuar.

—Entonces no respondo de mí.

—Aguante, Connor... Aguante. No le digo nada que usted no sepa, de modo que sólo muy relativamente le ofendo. Por otra parte, ya he empezado afirmándole que su madre no tuvo la culpa de ser así. Millones de personas van cada año a los manicomios norteamericanos, y esos millones de personas no merecen odio, sino compasión. Además, su madre sólo estuvo tres años.

—Y salió —dije—. Salió curada.

—Sí, eso afirma el dictamen médico. ¿Pero por qué encerraron a esa mujer, que procedía de una excelente familia burguesa de Massachussets? La encerraron porque la llamaban la Loba. De niña mordía a sus compañeras de colegio, y cuando ya fue jovencita aterrorizaba a la servidumbre, queriendo destrozar con los dientes el cuello de las mujeres. Sus padres la metieron en un manicomio cuando una criadita que tenían en la casa murió con el cuello destrozado a dentelladas. Oficialmente se acusó a un gigantesco mastín de la casa, un pobre perro que fue ejecutado en una cámara de gas de los servicios municipales antirrágicos. Pero sus padres estaban aterrorizados. Y fue entonces cuando encerraron en el manicomio a la pequeña, que entonces tendría unos diecisiete años.

Yo no lo negué.

No podía negar nada de aquello porque era verdad.

Bajé lentamente las manos, dejando, de cubrirme los ojos, y miré a Roland. Aunque lo miré con odio, lo hice también teniendo clavada en el alma la sensación de mi derrota. De nada serviría protestar. Sus palabras volaban como dardos envenenados hacia mí, y yo me sentía incapaz de detenerlos.

Continuó implacable:

—A los veinte años ella salió. Teóricamente estaba curada. La Loba había dejado de inspirar miedo. Se comportaba correctamente con todo el mundo. Y como era muy bonita, un hombre de

excelente posición la convirtió en su esposa. El señor Connor, ingeniero electrónico, no hizo caso de las taras que se atribuían a su mujer, y hay que reconocer que no se equivocó. Hasta la muerte de él, vivieron felices. Lástima que no llegara a ver a sus dos hijos. Estos dos hijos de que hablan los certificados de nacimiento, señor Richard Connor. Me serví otro *whisky*.

Sabía que estaba bebiendo como un pirata, y que eso me iba a perjudicar los nervios.

Pero no podía evitarlo.

—Todo fue bien hasta que... Bueno, ¿cuándo ocurrió eso? John, que pasaba largas temporadas enfermo, iba a un colegio de Boston. Usted, que también pasaba largas temporadas enfermo, iba a un colegio de Nueva York. La salud física de los dos no parecía ser su fuerte, pero tampoco su salud mental, de modo que su madre decidió educarles por separado, y hacer que no se vieran prácticamente nunca. Veo que me va entendiendo... Ella debió haber notado en uno de los dos la terrible tara hereditaria, y no quiso que el otro se contagiara. Esa tara, amigo Connor, pudo haberle correspondido a usted en el reparto de la mala suerte, cuando los dos se estaban formando en el seno materno y las leyes de la herencia empezaban a actuar. Pero la lotería le correspondió a John. ¿Qué se le pudo hacer? Nadie tenía la culpa, Pero su madre estaba vigilante, y cuando empezó a notar ciertos síntomas en John, los separó. Incluso había ido a tenerlos a una ciudad distinta, donde no los conocía nadie. Desde entonces siempre estuvieron en colegios distintos en casas distintas. Lo único que hacían era escribirse, y mucho.

Sacó unos microfilms del bolsillo. El hijo de perra iba bien preparado.

No le faltaba detalle.

—Estos microfilms reproducen algunas de las cartas que ustedes se enviaron —dijo—. La policía americana, que tampoco es muy escrupulosa en cuestiones legales, los ha obtenido registrando la casa de su madre de usted sin tener permiso. Ha encontrado los fajos de cartas infantiles que ustedes se enviaron en aquel tiempo y que ella guardaba cuidadosamente, atadas con una nostálgica cinta azul. Varias de esas cartas han sido reproducidas en microfilm y me han sido enviadas por correo aéreo especial. ¿Quiere que le lea

alguna? Por ejemplo, ésta firmada por Richard y en la que usted, con una letra muy armoniosa, dice a su hermano, quien está en un colegio de Boston, que usted se halla enfermó en Nueva York, y que le desea mucha suerte en los estudios. Aquí hay otra en la que; John le contesta con una letra muy nerviosa y que acredita ya un cierto desequilibrio mental. Le asegura que los estudios no van bien y teme que vayan a suspenderle en todas las asignaturas menos en una: la Física.

Guardó los microfilms.

—Voy a seguir —dijo—. Voy a seguir, y crea que lo siento. También me han enviado, de los respectivos colegios, las certificaciones académicas de ambos. No son muy brillantes, a causa de las enfermedades, pero hay que reconocer que los dos destacaron poderosamente en Física. Quizá era por contagio de su padre, que fue un gran ingeniero electrónico. En lo demás estaban bastante mal, aunque John resultó muy inferior a usted. Por ejemplo, usted, Richard, terminó sus estudios secundarios, aunque no quiso entrar en la Universidad. En cambio John, dos años más tarde, aún no los había terminado, y terminó dejándolos. Claro que el pobre no tuvo otro remedio. También lo encerraron.

Mis dientes rechinaron con violencia.

Yo volvía, a estar al borde del *shock*.

Pero me recomendé a mí mismo otra vez: «Paciencia... Paciencia...»

Y me contuve.

—Lo encerraron porque ya empezaba a manifestar síntomas alarmantes —prosiguió él—. Por ejemplo, hay un viejo informe de la policía en virtud del cual un muchacho de quince años llamado John Connor atacó a dentelladas a una chica en una calle de Brooklyn, y estuvo a punto de matarla. Fue la propia madre de John quien lo encerró en una clínica mental, y estuvo allí un año.

—Sí —musité—. Lo recuerdo perfectamente. Sufrí mucho porque no me dejaban ni verle.

—Era natural —prosiguió Roland—. Su madre había dado orden expresa en tal sentido. Con ello le protegía a usted. En fin..., pasaré por alto ese penoso detalle: y me referiré a la extraña muerte de Bernadette Astor en una calle de Chicago, cuando John ya tenía diecinueve años. Apareció deshecha a dentelladas a orillas del lago

Michigan, junto a una cancha pública de tenis. No se encontró al culpable, pero resultó que John estaba en Chicago por aquellas fechas. La policía le interrogó y no pudo acusarle en concreto de nada.

—No siga —musité—. ¿Para qué me explica algo que ya sé y que he lamentado mil veces?

—Es indispensable que lleguemos hasta el fin, Connor. He visto también por fotocopia las listas de sus reemplazos militares. John, en vista de sus antecedentes clínicos, fue considerado inútil, en un examen médico que se le hizo en Boston. Usted, en Nueva York, y puesto que no tenía ningún antecedente clínico y su salud ya era formidable, fue considerado útil para todo servicio. Le enviaron a Europa y luego usted se reenganchó para el Vietnam. Las armas le gustaban. Estuvo en los «boinas verdes». Regresó hace unos tres años con las máximas calificaciones obtenidas en combate.

Me sonrojé.

Menos mal que aquel tío decía algo agradable.

Pero para él no debía serlo mucho, porque añadió:

—Los «boinas verdes» no me gustan, señor Connor.

—Bueno... —dije conciliador—. Yo no tengo la culpa. Toda la guerra de Vietnam es asquerosa.

—Dejemos eso. Durante todos estos años, su hermano John llevó una vida gris. Viajaba por aquí y por allá, aprovechándose del dinero de su madre. Tenemos cartas que ésta guardaba, escritas con la misma letra nerviosa, y que le fueron enviadas desde distintos sitios del planeta. Pero cuando usted vuelve de Vietnam, los dos deciden asociarse para crear una industria de computadoras electrónicas. Ambos tienen fórmulas que su padre dejó al morir y que hasta entonces no había visto nadie; ambos son expertos físicos; además dinero no les falta, puesto que su madre quedó heredera de una bonita fortuna, que pone a la disposición de los dos. Y se crea en San Francisco el negocio. La dueña es su madre. Es ella la única que comparece en la escritura fundacional y la que designa a John como socio mayoritario y como apoderado general. Usted, en cambio, tiene unas funciones muy limitadas y que no le favorecen, a pesar de ser el único que trabaja.

¿Por qué cree que lo hizo?

—No soy el único que trabaja —protesté—. Mi hermano John

aparece poco por las oficinas, pero en realidad todo el día está estudiando mejoras para las máquinas. Los perfeccionamientos son casi enteramente suyos, sin ayuda de nadie. Su cerebro está prodigiosamente dotado para la electrónica. Mi madre va cada día al despacho, pese a su edad, y lleva la parte comercial con mano de hierro. Yo viajo por todo el mundo tratando de abrir nuevos mercados. No sé por qué dice esa tontería de que sólo yo trabajo. Además, al hacer socio mayoritario a John, mi madre quiso ayudarlo. Él era... el que más podía necesitarlo.

Roland asintió.

—Eso es cierto —dijo—, y muy propio de una madre que se da cuenta de su terrible drama.

Salté.

—¡No hablemos más de eso!

—Bueno, amigo, no se excite. En realidad, ya he terminado. Mis últimas frases son éstas: creo que John Connor estuvo detrás de usted en Barcelona y está ahora en París. Creo que es un loco peligroso y que ha matado a dentelladas a dos mujeres. Creo, en fin, que es una especie de lobo humano. Usted sabía que él acababa de llegar desde que recibió ese telegrama, y la cosa no debió hacerle ninguna gracia. Pero se aguantó. Es más, creo que le ha ayudado.

—¿De qué forma?

—Los que seguramente podían acusar a su hermano, por haberle visto incluso cometer los crímenes, eran Avellaneda, en Barcelona, y Gornal, en París.

Temblé.

Aquel hijo de zorra se estaba acercando a la verdad tanto que casi se quemaba.

Insistí:

—¿Y de qué forma... cree... que he ayudado a John?

—Puede haber dado dinero, mucho dinero, a Avellaneda y Gornal para que no declarasen en contra. Y como primera y elemental medida de prudencia tenían que desaparecer. Usted les ha untado bien la mano. Por supuesto, sabe dónde están.

Cerré otra vez los ojos, para que Roland no viera el brillo que acababa de pasar por ellos.

¡Claro que sabía dónde estaban!

¡Demasiado bien!

Pero Roland estaba aún lejos de sospechar que no había eliminado a dos testigos con dos pagas extraordinarias, sino con dos muertes.

—Dígame —insistió—, ¿sabe dónde están?

—No tengo ni idea.

—¿De verdad no quiere ayudarnos? ¿Se da cuenta de la responsabilidad en que incurre?

—No puede detenerme por tratar de ayudar a mi hermano, Roland. La ley dice que no hay delito de encubrimiento cuando uno apoya a un pariente muy próximo, Por lo demás, tampoco reconozco haberle ayudado.

Roland se puso en pie.

Parecía muy decepcionado por el resultado de la entrevista. Pero hacia lo mismo que yo antes.

Se aguantaba.

—No tiene derecho a molestarse si le seguimos —murmuró apuntándome con el dedo—. Es usted el que se sitúa al margen de la ley. Haré lo posible por desbancar su juego, Connor.

—No tengo ningún juego —dije hundiendo los hombros—. Soy más digno de lástima que de odio, créame.

Me creyó.

Hizo un gesto de impotencia y se largó de la habitación.

Al fin y al cabo él también estaba al margen de la ley. Todo aquello, por su parte y por la mía, era juego sucio.

Me preparé el no sé cuántos *whiskys* de la mañana y lo bebí ansiosamente, como si fuera un cabo de la Legión Extranjera que acaba de llegar del desierto.

Hasta solté un taco al dejar la botella.

CAPÍTULO VII

He de hablar de Virginia Bolden. No lo he hecho hasta ahora. No, no recuerdo haber mencionado a Virginia Bolden para nada. Pero existe.

E iba a ser importante en mi vida a partir de la mañana siguiente, cuando, después de haber deambulado casi la noche entera por París, me tumbé para dormir unas horas. Creo que eran las cinco de la madrugada cuando cerré los ojos, y hacia las diez sonó el teléfono. Naturalmente, no me molesté en descolgarlo.

A las once y media me levanté. Fui directo a la ducha y estuve largo rato bajo el agua, tratando de clarificar mis pensamientos.

Al fin salí y me preparé un *whisky*. Después de beberlo me vestí calmosamente.

Tenía que salir y hacer algo. Tenía que preocuparme por el negocio, aunque fuera a rachas.

Desde mi llegada a París no había vendido una escoba, como se dice vulgarmente acerca de los negocios que van de cabeza a la quiebra.

Me puse la corbata y descolgué el teléfono.

Lo primero que hice fue preguntar en conserjería quien había llamado, aunque lo daba por supuesto.

—He recibido una llamada telefónica —dije—, pero cuando iba a descolgar han cortado la comunicación. ¿Tiene idea de quien puede haber llamado? ¿Han dejado algún recado para mí? Debía ser un hombre llamado Roland, supongo.

—No, no señor... Al contrario. Era una voz de mujer muy agradable. Ha dicho que seguramente volvería a llamar.

—¿No dio su nombre?

—No. Sólo aseguró que usted la conocía.

Entrecerré los ojos y pasé revista mentalmente a todas mis amistades femeninas de París. Secretarias de hombres importantes

con los que había tenido negocios, esposas de algún agregado de Embajada... Ellas eran las únicas que podían tener idea de que yo estaba alojado en el Crillon. Por lo demás, conocía a una divertida variedad de muchachas alegres a cual más estupenda, pero esas no conocían ni mi nombre.

Me encogí de espaldas.

Bueno, quien fuese ya llamaría.

El conserje carraspeó al otro lado de la línea.

—Si no quiere nada más, señor...

—Sí. Un momento. Busque en la guía y póngame con la casa de un tal Isaac Gornal.

—Bien, señor. Cuelgue. Lo hice.

Mis facciones estaban surcadas por unas arruguitas de preocupación. Demonios, era extraño que el cuerpo de aquel tipo aún no hubiera sido descubierto.

Lo natural era que la esposa, al no volver él, hubiese ido al sótano donde sabía que realizaba sus; experimentos, a ver si lo encontraba. Y que se hubiese tropezado de narices a boca con aquel espectáculo de fiesta mayor.

Sí, eso era lo natural.

Y que la policía ya lo supiese.

Y que la Prensa y la televisión hubieran armado, el gran guirigay hablando del cadáver desnudo y bañado en ácido sulfúrico.

La verdad era que con la muerte de Gornal, yo me había expuesto mucho. Había, hecho una pompa de jabón a toda prisa y esa pompa, tenía que estallar por algún sitio.

El teléfono sonó.

Lo descolgué temblando.

La voz del conserje dijo untuosa:

—Con la casa del señor Gornal. Una voz un poco áspera me preguntó al cabo de unos instantes:

—¿Qué hay?

Yo hablé con la mayor naturalidad:

—¿El señor Gornal?

—No está bien..., pensé. El pastel aún no había sido descubierto. Por lo menos la cosa marchaba.

—¿Y la señora Gornal? —susurré.

—Tampoco está.

—Perdone, ¿pero quién es usted?

—Yo soy la chacha, la criada, la maritormes..., ¡lo que le dé la gana! Y ya estoy harta de apuntar.

¿Entiende? Me han dejado sola y no sé ni cuándo voy a cobrar el mes. El señor se habrá largado con alguna de sus aventurillas, creyendo que luego podrá dar una explicación a su mujer. ¡Como si ella fuera tonta! ¡Y como si ella no tuviera también sus líos! En cuanto vio que él no venía dos noches seguidas, me dijo: «Peor para él. Yo también quiero vivir mi vida. Así escarmentará». Y se largó con un chico que no tendría ni veinte años. Ella tendrá que soltarle pasta, claro. ¡Porque está hecha un tonel! Y el muchacho valía la pena, no crea. Bueno a todo esto, ¿qué quiere?

—Nada —dije—. Gracias.

Colgué con una sonrisa. Había tenido mucha suerte.

La esposa de Gornal, en lugar de buscar a éste, se había largado por su parte, dispuesta a vivir la vida. Y era posible que estuviese «viviéndola» un par de meses. Las cosas no me podían ir mejor.

Encendí un cigarrillo, sintiéndome de pronto más optimista que nunca, y me puse la americana para salir.

Iba a abrir la puerta cuando llamaron con los nudillos.

Franqueé la entrada.

Y entonces me encontré con Virginia Bolden.

No la había visto al natural más que una vez, en Nueva York, cuando me impresionó su soberana belleza.

Y ahora seguía impresionándome. Cerré poco a poco la puerta.

Virginia Bolden me miró como si creyese que yo no existía, como si de pronto se hubiera puesto a pensar que todo aquello era una especie de alucinación.

Dijo con voz débil:

—¿Puedo sentarme?

—Sí... Claro que sí. Lo hizo.

Tenía una manera soberbia de cruzar las piernas.

Y eso que ella no lo pretendía. Pero cuando una mujer tiene unas piernas como las de Virginia Bolden, hace bien cualquier cosa que haga con ellas.

—He telefoneado antes —musitó.

—¿De modo que eras tú...?

—¿Has oído el teléfono?

—Sí; pero estaba en la ducha. Cuando he llegado a descolgarlo, ya era tarde.

Y añadí, sin comprender por qué estaba allí:

—¿Cómo es posible que hayas llegado a París?

—Son mis vacaciones. Bueno... Además, son una especie de huida.

—¿Por qué?

Susurró con un temblor en los labios:

—Tengo miedo, Richard.

—¿Miedo... de quién?

—De John.

—¿Quieres decir que has huido de él?

—Puedo asegurarte que sí. Ahora también temblaron mis labios.

El destino tiene bromas bien amargas, la verdad.

Ella había atravesado el Atlántico para huir de un hombre, creyendo dejarlo a su espalda.

Y no sabía que en realidad iba a su encuentro.

Que lo encontraría justamente en París.

—¿Qué te pasa, Richard? —balbució.

—Nada...

—Te has quedado pálido.

—No hagas caso. Es que el clima de París no me sienta bien a ratos. Explícate, por favor.

—Es sencillo. Tú sabes cómo conocí a John. Fue por teléfono. Fue aquella noche en que me llamó porque quería suicidarse. Yo era asistente espiritual. Le di una serie de consejos y al final le hice cambiar de opinión. Para mí fue un gran triunfo.

—Sí, lo recuerdo, perfectamente. John pasaba por épocas terriblemente depresivas, en que quería quitarse la vida. Fue mamá, incapaz de convencerle, quien le pidió que llamara por teléfono a un asistente espiritual.

Ella entrelazó los dedos nerviosamente sobre sus torneadas rodillas, sin darse cuenta de lo que enseñaba sin darse cuenta, claro, de lo que sugería.

—Sí, eso es... —musitó Virginia—. Pero tú sabes bien que esos casos son complicados. Nunca terminan con una sola conversación. Él me llamó otras veces y me planteó sus dudas. Fue desnudando su alma ante mí. Y entonces yo sentí algo que no había sentido nunca:

una mezcla de náusea y de piedad, de compasión y de miedo. Su alma era tan sucia y tan abyecta como una cloaca de Nueva York. ¡Pero él no tenía la culpa! Me fui dando cuenta poco a poco de cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Odiaba a todo el mundo. Quería destruir a dentelladas. Era... era... Mis manos temblaron.

Dije con voz casi rabiosa:

—No sigas, por favor. Ella se estremeció.

—Perdona, Richard, comprendo que te estoy molestando.

—No, no... Soy yo el que te está recibiendo mal. Tú has venido hasta París para buscar ayuda. Sabías que siempre me hospedo en el Crillon y te has molestado en venir a verme. No es lógico que te reciba así. Di lo que quieras.

—Ya está dicho: tengo miedo... Y tú sabes que he luchado con todas mis fuerzas para convencer a John. Incluso os fui a visitar a ti y a tu madre, un día en que me conocisteis. Pero no quise hablar con él. Cuando me llamaba, dejé de contestar. Me daba..., ¿cómo explicarlo? ¡Me daba asco! Pero al mismo tiempo también me daba pena, y por eso un día le contesté que me escribiera. Él lo hizo. Tenía una letra nerviosa y casi demencial, pero se entendía. A veces se entendía incluso demasiado. Me llegó a decir que... que...

Rocé sus dedos que habían quedado fríos.

—Por favor, no sigas.

—Es que..., ¡quiero que me comprendas! ¡He huido porque tengo miedo! ¡Sé que va a pasarme algo horrible! ¡Él es un verdadero lobo humano y los lobos humanos matan a las personas que más quieren!

Me estremecí.

Las últimas palabras de la muchacha habían sonado en mis oídos como campanillazos, como mil campanillazos desacordes que me enloquecían.

Luego el silencio se hizo solemne, espantoso.

Yo sólo oía dentro de mi cráneo las últimas y estremecedoras palabras: «¡Matan a las personas que más quieren!».

Comprendí lo que podía o lo que iba a suceder.

Ella musitó con un hilo de voz:

—¿Qué te pasa, Richard? Me estremecí.

Pero la verdad fue que casi no llegué a oír sus palabras.

Oí sólo los timbrazos metálicos, escandalosos, detonantes del

teléfono. No quise descolgarlo.
Yo sabía por qué.

CAPÍTULO VIII

Virginia susurró:

—¿No contestas?

¡Pobre, dulce e inocente Virginia, que no sospechaba lo que puede haber detrás de los teléfonos que suenan, detrás de las paredes de la gran ciudad donde alienta, palpita y se remueve la extraña jauría humana!

Para Virginia todo era verdadero y honesto.

Ella ayudaba a los hombres a no morir.

Y no podía imaginar que otras personas ayudaban a la gente a no vivir.

Al fin descolgué el teléfono porque ya no podía soportar aquellos timbrazos.

—Diga. Reconocí la voz.

—Hola, Richard.

Decía sencillamente eso: «Hola, Richard». Igual que en el telegrama. Yo quedé sin respiración.

Y la voz subía de tono, se hacía amplia y potente, lo llenaba todo.

—Hola, Richard... Hola. Richard... HOLA, RICHARD.

Acerqué el auricular a la cara de Virginia Bolden.

Ella se estremeció. Sus labios temblaron, mientras sus facciones se cubrían de una extrema palidez.

—Es John... —musitó.

—¿Reconoces su voz?

—Claro... que sí. Colgué.

No hacía falta decir más.

Ella acababa de descubrir (demasiado tarde tal vez) que al llegar a París no había hecho más que meterse en una trampa.

—Virginia —susurré al cabo de unos instantes de silencio—, creo que he de darte un consejo que se resume en pocas palabras:

Cada diez minutos sale de París un avión con destino a países extranjeros... Ve adonde quieras. Lárgate al Pakistán si te apetece, pero no permanezcas en París ni un solo día. Estoy seguro de que John te encontrará. Estoy seguro de que... ¡puede ocurrir algo horrible! Ella había bajado la cabeza.

Jugueteaba con sus dedos en el borde de la falda.

—Nunca imaginé que él podía estar en París —susurró al cabo de unos momentos.

—Creo que me ha seguido. O tal vez se enteró da que tú ibas a venir aquí y se ha anticipado, tomando un avión que salía un par de días antes que el tuyo.

—Richard..., ¿qué debo hacer?

—Ya te lo he dicho: largarte.

—Pero... él me seguirá también.

—No tiene por qué enterarse.

—Imagina que hace vigilar los aeropuertos. Tiene dinero. Puede pagar a una pequeña legión de detectives privados.

Eso era cierto, y no me atreví a contradecirla. Yo también había empleado a detectives privados muchas veces. Resultaba relativamente fácil saber si una persona iba a salir de París, fuese por el aeropuerto de Orly o por el de Le Bourget. Por tanto, también resultaría fácil seguir a Virginia.

Ella insistió:

—Por favor..., no me dejes sola.

—¿Tratas de decirme que te acompañe?

—Sí. Es que yo sola no me atrevo a... a...

—Tienes miedo, ¿verdad?

—Sí, Richard. No puedo ni hablar. Estoy aterrorizada.

—Lo malo es que yo tengo trabajo en París.

—¿No puedes dejarlo? Me mordí el labio inferior.

—Bueno, todo es relativo en este mundo... —dije—. He venido a trabajar y, sin embargo, hasta ahora no he hecho nada que valiese la pena. Igual puedo dejarlo por unos días más. Que los negocios se vayan al diablo.

Ella sonrió.

Por vez primera vi brillar una lucecita de esperanza en sus ojos.

¡Demonios, cómo me gustaba aquella chica!

—Desgraciadamente, no puedo volver a América —susurré—.

En mis proyectos figuraba visitar Roma, donde tengo unos posibles clientes. Si quieres, vamos hacia allá. De ese modo no estropearé del todo el trabajo y tú estarás segura.

Virginia se puso en pie.

Y me dio un beso en la frente.

¡Adorable muchacha que no conocía el mal!

En ese momento volvió a sonar el teléfono.

Lo descolgué.

Era la oficina de Gornal. Es decir, mi oficina, según se miraran las cosas.

—*Monsieur* Connor... Soy Denise. Denise... Sí, la recordaba muy bien. Mejor dicho, recordaba sus piernas. Ah, su boca también. Denise era una adorable mujercita capaz de vender no una computadora, sino un acorazado.

—¿Qué ocurre? —*Monsieur* Gornal no ha venido por aquí, y desde su casa no contesta más que una sirvienta estúpida. Esto está un poco desorganizado. ¿No puede darse una vuelta? Hay cartas por contestar, facturas pendientes... Creo que usted tiene poderes para encargarse de todo eso.

—Bien. Me daré una vuelta. Y fui a colgar.

Pero Denise añadió:

—Un momento, *monsieur*. Hace poco ha llamado una persona preguntando por usted. Muy amable, por cierto. Me ha dicho que era su hermano John.

El auricular tembló un momento en mi derecha, pero logré sobreponerme.

—¿Qué quería?

—Sólo saber si estaba usted ahí.

—Está bien. Gra... gracias. Perdona si mi hermano John la ha molestado con esa llamada.

—Todo lo contrario, *monsieur*. Pocas veces había pasado un rato tan divertido. Con permiso, *monsieur*. Hasta luego.

Colgué y dije a Virginia, con facciones opacas:

—He de ocuparme de negocios durante unas horas, pequeña. Te aconsejo que mientras tanto vayas a cualquier agencia de viajes y compres dos pasajes para Roma. De día no te ocurrirá nada, aun en el supuesto muy improbable de que te encontraras con John. Nos reuniremos aquí a las cuatro de la tarde, dispuestos para salir. ¿Te

parece bien?

—Perfecto, Richard.

—¿Tienes dinero?

—Oh, claro que sí.

Yo olvidaba por unos momentos que Virginia procedía de una familia muy rica. Era de esas mujeres que unos años antes me hubieran resultado inasequibles. La miré con deleite, aunque procurando que no se transparentara en mis ojos. Luego le di un cachetito en la mejilla y salí.

En efecto, la oficina estaba bastante desorganizada.

Las empleadas se dedicaban a mirar tranquilamente el tráfico del bulevar Saint Michel. Otras fumaban, con las piernas sobre las mesas.

Denise me puso al tanto de lo más indispensable.

—No sé qué ha podido ocurrir con *monsieur* Gornal. Hasta me temo algo desagradable, porque aquí ha estado un hombre muy guapo con aspecto de policía. Ha hecho unas cuantas preguntas y se ha largado.

—¿Era rubio y se llamaba Roland?

—Desde luego, era rubio. En cuanto al nombre, creo que se llamaba así.

Me puso unos papeles sobre la mesa.

—Esto son las nóminas. Debe poner el conforme y el Banco se encargará de lo demás. Aquí también hay unas cartas que *monsieur* Gornal había dejado pendientes y que puede firmar usted.

Lo hice.

Después de aquel trabajo vino otro.

Comí algo a las tres de la tarde, y volví a la tarea. Algunos clientes pelmas se empeñaron en conocer detalles sobre la máquina y en verme a mí personalmente, (¡Idiotas! ¡Con lo estupendas qué estaban las chicas!). Total, eran más de las siete cuando llamé al Crillon.

Virginia estaba allí. Y muy inquieta.

—¿Qué ha ocurrido, Richard?

—Un desastre. Tenía muchas cosas que resolver. Imagino que nuestro avión estará a punto de salir y que deberé darme prisa.

Ella suspiró.

—Debieras conocerme un poco mejor, Richard. Soy una mujer

previsora. He pensado que tendrías mucho trabajo y he tomado pasajes para mañana al mediodía. Mientras tanto, he alquilado una habitación, en el Crillon, en el mismo piso que tú.

—Pero...

—No temas, cariño; no me ocurrirá nada.

Y colgó.

Yo lancé un suspiro también. Virginia Bolden, en efecto, había sido muy previsora al aplazar el viaje un día.

De ese modo yo podría resolver lo más indispensable en la oficina. Y, de pasada, mi actitud de perfecto hombre de negocios me favorecería bastante a ojos de Roland y sus jefes de la Sureté.

Pregunté a Denise si podía quedarse.

—Mañana me voy a Roma y quisiera dejar esto un poco arreglado, al menos hasta que vuelva *monsieur* Gornal. ¿No podría ayudarme durante algunas horas?

—Sólo hasta las nueve. Justo las nueve.

—Ya comprendo que querrá volver a casa.

—No, no volveré directamente a casa. Tengo una cita.

—Ah, bien.

—En el Bosque de Bolonia, nada menos. Iré allí en mi coche, hasta la altura del Parque de los Príncipes. Luego es posible que nos vayamos a bailar un rato.

—Me parece perfecto. Es usted una chica que tiene que divertirse, Denise.

Y volví a ensimismarme en unos balances que acreditaban los engaños de que me había hecho objeto Gornal. El muy buitre se quedaba la comisión de las máquinas que vendía directamente, asignándola a revendedores imaginarios. Por este procedimiento había obtenido en un año cerca de cien mil francos.

A las nueve en punto, Denise se fue.

—Buenas noches; *monsieur*. ¿Apago la luz?

—Sí, gracias.

Las oficinas quedaron iluminadas solamente por la luz que había en mi mesa. A través de los cristales penetraba muy suavemente el ruido del tráfico del bulevar Saint Michel. Me ocupé en el examen de una última serie de documentos hasta que miré mi reloj.

Las diez menos cuarto. Pensé en Denise.

Denise, que tenía una cita a las diez.

Y en el Bosque de Bolonia.

El Bosque de Bolonia tiene sitios más oscuros que una cueva.

Fui a encender un cigarrillo.

Y de pronto el cigarrillo escapó de entre mis labios.

Dios santo...

Me levanté y fue a la planta baja a toda prisa. En la planta baja estaba el aparcamiento para los inquilinos. Torné el «Mercedes» y conduje a toda la velocidad posible hasta la encrucijada del Arco de Triunfo, para desde allí llegar al Bosque de Bolonia por la avenida Foch.

Pero el tráfico de París era muy denso.

Parar, arrancar, parar, arrancar... Cuando llegué al Bosque de Bolonia eran las diez y cuarto. Y aún desde allí tuve que alcanzar el punto, muy lejano, en que se encuentra el estadio deportivo llamado Palacio de los Príncipes.

Todo estaba muy oscuro.

Apenas pasaban algunos coches raudos, arañando con sus faros las tinieblas de la noche. Arrimé el «Mercedes» al bordillo y miré.

Denise tenía un «Caravelle» de segunda mano con capota metálica. Una bombonera de dos plazas. Lo conocía por haberlo visto en el aparcamiento del edificio.

Estaba aparcado en un punto muy oscuro y muy discreto. Un buen lugar para una cita.

Me aproximé, mientras sentía que me temblaban las piernas.

SEGUNDA PARTE

LOS DIENTES DEL LOBO

CAPÍTULO PRIMERO

Roland casi me zarandeaba, sujetándome por las solapas. Desperté confusamente y me pareció que sus manos eran gigantescas. Protesté, pero las fuerzas me faltaban. Mis rodillas estaban temblando como antes, cuando me acerqué al coche.

¿Como antes?

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Me froté los ojos y supliqué a Roland:

—Por favor, déjeme. Él me soltó.

Evidentemente solo había querido despertarme, y ahora yo estaba ya bien despierto.

Miré a través de la ventanilla. El día clareaba.

Una luz turbia y gris se desparramaba por encima de los árboles del Bosque de Bolonia.

Por lo tanto, habían transcurrido muchas horas desde que...

Me di cuenta entonces también de que tenía un poco de sangre seca en la cara.

Y de que el «Mercedes» no estaba en posición normal. El volante estaba un poco desencajado. Parte del capó se había levantado algo. La farola con la que yo había chocado formaba una grotesca ése.

Roland me ayudó a salir.

—Pálpese los huesos —me aconsejó—. ¿Se encuentra bien? ¿Tiene algo roto?

No, no tenía nada roto. Eso lo sabía yo bien. Sólo estaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

Paseé la mirada en torno mío.

Nos encontrábamos en una especie de «isla», puesto que estábamos rodeados de policías uniformados por todas partes. Los motoristas abundaban allí más que en una prueba de *motocross*. Los escasos coches que a aquella hora pasaban por el lugar no podían acercarse a nosotros.

—Debió estrellarse por la noche —dijo Roland—. Y como está en un camino lateral, nadie le ha visto hasta que, al amanecer, ha pasado un patrullero en un rutinario servicio de ronda. Pero también hemos encontrado algo más. Venga.

Tiró de mí.

Me introdujo en uno de aquellos «DS» negros que yo ya conocía y me trasladó a poca distancia, a unos dos kilómetros. Allí estaba el «Caravelle» de Denise, materialmente rodeado por un cordón de policías. Roland hizo sonar levemente la sirena y nos permitieron el paso.

—Baje. Bajé.

—Acérquese. Me acerqué.

Había que mirar acercándose mucha a la ventanilla, porque la humedad de la noche había empañado los cristales.

Pero aun así el espectáculo era estremecedor.

Denise estaba materialmente destrozada.

Se notaba que había tratado desesperadamente de salir de aquella especie de bombonera que era su «Caravelle».

Pero no había podido.

La bombonera era demasiado estrecha.

Y estaba teñida en sangre.

En el cuello de Denise se marcaban profundamente las huellas de los dientes que le habían segado la garganta.

Y también tenía dentelladas en otras partes del cuerpo.

Roland me sostuvo.

Sus ropas aparecían hechas jirones.

Muchos coches habrían pasado cerca, mientras se consumaba el infernal sacrificio.

Y habrían iluminado con sus faros el «Caravelle». Sin imaginar lo que ocurría bajo la capota.

—Va a caerse, Connor.

—Es cierto... Me tiemblan las piernas. Estoy avergonzado.

—Eche un trago.

Y me tendió una botella metálica, chata, que desenrosqué con avidez.

Era *whisky* legítimo. Después de haber bebido un par de tragos me sentí mucho mejor, aunque tenía el estómago revuelto.

—¿Qué ha ocurrido? —balbucí.

—¿Y lo pregunta?

—¡Quiero saberlo! ¡Quiero saber exactamente lo que ha ocurrido!

¡Usted sabe que estoy envuelto en esto!

Roland sacó calmadamente una libretita y consultó unos datos.

—Tenemos intervenido el teléfono de su oficina y, por supuesto, también el de su apartamento del Crillon. Puedo decirle la hora exacta de cada llamada que hizo usted y de las que recibió. Hizo bastantes, pero sólo le destacaré tres: primera, a usted le llamó un hombre que debía ser John; segunda, a usted le llamó una chica que no era sino Denise, la que yace aquí; tercera, Denise, a su vez, había sido llamada antes por un hombre cuya voz coincidía con la de la primera comunicación que he mencionado. Es decir, suponemos qué era John.

Yo tenía la boca seca. Le dejé que continuara.

—John es un tipo muy amable —dijo Roland—. Tiene mucha labia, y para las mujeres debe estar dotado de una gracia especial. Empezó preguntando a Denise por usted y al cabo de cinco minutos ya parecían amigos de toda la vida. La convenció para que se encontraran a las diez en una parte del Bosque de Bolonia.

Apreté los puños.

—Entonces, usted ha fracasado, Roland.

—¿Por qué?

—Conocía el lugar de la cita. Por tanto, pudo estar aquí y evitar el crimen.

—No conocía el lugar de la cita —me corrigió.

—¿Cómo?

—Le acabo de decir en una parte del Bosque de Bolonia, no en ésta. Al contrario, por teléfono la había citado en el lugar opuesto, cerca de la Porte Maillot. Y no la volvió a telefonear más, de manera que destacamos una fuerte vigilancia en todo ese sector. Pero luego debió avisar a la chica de alguna manera. Por ejemplo, con una carta neumatique, que pudo garrapatear en tres minutos y echar en otros tres.

—Y en esa carta la debió citar aquí, desorientándoles a ustedes...

—Por supuesto.

Yo me llevé las manos a la cabeza.

—Si pudiera matar a John le... le mataría —farfullé.

—Lo malo es que no puede matarle. John está libre y actuará de nuevo. Debe convencerle.

—¿Para que se entregue?

—Sí. Le prometemos una clínica mental dónde cuidarán de él. He hablado ya con el fiscal y hemos llegado a un acuerdo. No pedirá nada de muerte, no habrá guillotina. Puedo hacerle unas promesas muy claras sobre este punto, para que usted se las haga a él.

—Oiga... —dije—. Tampoco deben estar tan seguros de que ha sido John.

Roland dijo amargamente:

—No, ¿eh? Entonces, ¿quién?

No supe qué contestar... Sólo se me ocurrió decir, al cabo de un tiempo qué me pareció infinitamente largo:

—¿Qué dientes necesitaría para hacer eso?

—Le basta con la dentadura normal de un hombre sano. Una dentadura como la suya, por ejemplo, que veo que es perfecta... o como la mía.

—Usted tiene respuesta para todo, Roland, pero hay algo en lo que no pensó: la sangre.

—¿Se refiere a las manchas?

—El hombre que hiciera esto se pondría como un matarife: Se pondría perdido.

Él entrecerró los ojos.

Comprendí que le había cazado en su punto flaco.

Para aquello no tendría respuesta.

—John no podría moverse por París con el traje lleno de sangre —musité—. Ni siquiera en coche.

—Se limpia.

—¿Con qué?

Roland hizo una seña a un gendarme, para que se acercase.

El gendarme había puesto en una cesta de mimbre una serie de bolas de papel.

Todas estaban rojas, tintas en sangre.

Roland indicó:

—Se ha limpiado con eso. Usted conoce esa clase de papeles, puesto que viaja mucho en los aviones. Son las servilletas húmedas,

de gran capacidad de absorción, que se suelen entregar a uno para que se limpie las manos antes de las comidas. Ese hombre o las compró o pidió una caja a la azafata, puesto que también viaja mucho en avión. Las servilletas de que le hablo limpian perfectamente.

—La cara, las manos, la boca e incluso los dientes... Sí, pero no pueden limpiar un traje —protesté.

—Reconozco que ese punto me tiene desconcertado.

El gendarme musitó:

—Se cambia dentro del coche.

—¿Insinúa que lleva siempre un traje de repuesto en el automóvil? —preguntó Roland.

—Es la única explicación, ¿no?

El gendarme parecía muy convencido. Roland se pasó la mano por la barbilla, meditando.

—Sí, claro que sí... Es posible —murmuró al fin—. De todos modos tendría que cambiarse incluso de camisa, Y por supuesto, dejará en algún sitio la ropa manchada. Hay que dar una batida por todo el Bosque de Bolonia, por si es posible encontrarla.

Pero Roland no parecía muy convencido.

El gendarme se alejó con una cestita de mimbre llena de papeles ensangrentados.

Yo musité:

—¿Dónde ha encontrado... eso?

—Estaban distribuidos en dos o tres papeleras de las cercanías: Eso es lo que me hace pensar que John se cambió de ropa dentro del coche. Para dejar las servilletas en las papeleras hubo de andar cerca de doscientos metros. Nadie lo haría llevando un traje empapado en sangre, ni aún siendo de noche.

—Pero ¿y las arrojó a la papelera después de cambiarse?

—No me parece tan fácil. La sangre, al desprenderse de ellas, le habría manchado la tapicería y tal vez la ropa. Además, si se cambió de traje, ¿para qué necesitaba limpiarlo con esas servilletas?

El pensamiento de Roland era lógico.

Si el asesino había limpiado su traje, era porque pensaba seguir llevándolo puesto.

Pero aquellas servilletas húmedas no quitaban manchas de sangre de la tela.

Entonces, ¿qué?

Esos pensamientos eran los que ocupaban el cerebro de Roland.

Al fin se encogió de hombros y murmuró:

—Bueno, hay que sacar a la chica. Ahora venía lo macabro.

Sacarla de allí...

Las piernas de Denise, la garganta rota de Denise...

Los policías se amontonaron en torno al coche, si bien otros seguían manteniendo el cordón para que no se acercase nadie.

Había llegado una ambulancia. Dos camilleros esperaban pacientemente para ver el bulto que sacaban del coche.

Pero al verlo sus ojos se nublaron. Y eso que eran gente de experiencia. Eran tíos de esos que recogen a una persona partida en cuatro por un tren y luego se toman un bocadillo de carne picada. Pero ahora no pudieron resistir una extraña emoción que les hacía temblar las manos.

Hasta yo me estremecí.

La garganta de Denise estaba tan destrozada que la cabeza casi le colgaba separada del tronco.

Roland se acercó a mí.

Había encendido un cigarrillo.

Pero estaba tan nervioso que se olvidó de lanzar el fósforo, hasta que éste le quemó los dedos.

Yo me desabroché la americana y me la volví a abrochar.

Hubiera hecho cualquier cosa con las manos: lanzar piedras, pegar puñetazos a las paredes...

No podía estarme quieto. Roland me miraba.

—Lleva un hermoso forro —dijo con indiferencia.

Yo me encogí de hombros.

—En Nueva York se viste bien, cuando uno paga.

Y en aquel momento miré hacia la gente.

Mi boca se abrió, incapaz de modular una sola palabra.

Alguien me estaba mirando. Alguien lo veía todo, con los ojos terriblemente abiertos, desde la primera fila de espectadores, apenas contenidos por los gendarmes. Había distinguido el cadáver, la sangre, el coche fatídico...

Susurro:

—Richard...

Yo no oí ni la voz. Adiviné que acababa de pronunciar mi

nombre por el movimiento de sus labios.

—Esa mujer vino a verle... —musitó Roland.

—¿Vigilaban el hotel?

—Sí. Y también vigilábamos su oficina del bulevar Saint Michel. Pero el agente se distrajo y no le vio salir en su «Mercedes». En cambio a ella incluso la fotografiamos en el vestíbulo del Crillon, y la foto fue enviada por radio a la Prefectura. Pero ¿quién es exactamente?

—Se llama Virginia Bolden. Conocía bastante a John. En realidad ha venido a Francia huyendo de él, sin imaginar que se metía en la boca del lobo.

Y añadí con voz suplicante:

—Por favor, déjela acercarse... Se nota de sobras que ella no puede más.

Roland asintió. Hizo una seña.

Los dos gendarmes que visitaban aquel sector dejaron pasar a la muchacha.

Virginia vino hacia mí y se apoyó en mi hombro. Tuvo que hacerlo para no caer redonda a tierra, puesto que las piernas ya no la sostenían. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas tersas.

Le acaricié los cabellos, reteniéndola junto a mí.

—¿Cómo es posible, Virginia? ¿Por qué estás aquí?

—Le he buscado... toda la noche.

—Es cierto... Había olvidado que te dije que iba a volver enseguida al hotel.

—He dado vueltas y más vueltas... —susurró Virginia—. Nunca París me había parecido tan inmenso. He estado en todas partes hasta... hasta llegar aquí. Y cuando te he visto con todos esos policías me ha parecido una pesadilla.

—Puedes estar segura de que lo es, Virginia —musité—. Es una pesadilla.

Le expliqué sucintamente lo ocurrido, y cómo, en el último momento, había pensado que quizá la cita de Denise estuviera relacionada con John. Por eso había acudido al Bosque de Bolonia.

—Encontré el coche y debí ver el cadáver —continué—, pero lo cierto es que no lo recuerdo... Seguro que la impresión recibida me dejó como alucinado... Traté de volver en mi coche, quizá con la intención de llamar a la policía, pero no puedo recordarlo. Seguro

que me estrellé... Esta mañana me ha encontrado la policía... ahí.

Y señalé el «Mercedes» con el morro empotrado en la farola.

Virginia susurró:

—Vámonos. No puedo más...

—No sé si nos dejarán irnos, Virginia.

—¿Por qué?

Yo miraba a Roland.

—La decisión depende de este hombre —dije.

Roland se había acercado a nosotros. Por fin parecía capaz de sostener el cigarrillo en los labios.

—¿Adónde piensan ir, Connor? —preguntó.

—Tengo trabajo. La señorita pensaba acompañarme.

—¿Por qué?

—Es una forma como otra de huir de John, ¿no? Y ahora más que nunca ella lo necesita.

Roland reflexionó.

Yo estaba seguro de que me iba a decir que no. De que iba a soltarme toda una parrafada sobre los trámites policiales para los cuales mi presencia era necesaria: Identificación oficial del cadáver, declaraciones ante el juez, reconstitución de los hechos... Bueno, la Biblia. Pero en lugar de eso se encogió de hombros.

—Puede irse —dijo.

—¿De veras me dejará marchar al extranjero? ¿No haré falta para los trámites?

—La identificación la realizará alguna compañera de la víctima. En cuanto a la declaración sobre el modo cómo descubrió el cuerpo y todo lo demás, la puedo redactar en una hora y llevársela al aeropuerto para que la firme. ¿En qué vuelo salen?

—En Alitalia, a las doce —susurró Virginia.

—Entonces hay tiempo. Pueden preparar sus cosas. Un agente o yo mismo iremos al aeropuerto antes de la salida del avión.

Y dejó de ocuparse de nosotros. Reconozco que no esperaba eso de un buitre como Roland, que clavaba el pico hasta el fondo. Roland se estaba comportando muy bien, y quizá pensaba que para buscar a John en París yo no hacía maldita la falta.

Me alejé con Virginia.

Hacía frío en aquella turbia madrugada de París. Sentíamos un frío terrible, definitivo, hasta, el fondo de los huesos.

Pero entre Virginia y yo acababa de nacer algo que era como una simiente de vida en nuestra sangre yerta.

Algo que no necesitaba palabras para ser explicado.

Volvimos al hotel y, en silencio, hicimos nuestros equipajes antes de ir al aeropuerto.

Un agente vino a Orly con la declaración mecanografiada. Yo la firmé. Era correcta y reflejaba la verdad de sus primeras declaraciones.

Virginia y yo subimos al aparato y nos sentamos uno junto al otro, con las manos unidas.

Nunca París me había parecido tan hermoso, pero al mismo tiempo tan siniestro.

Y me alegró dejarlo esta vez, para cambiarlo por la dorada Roma.

CAPÍTULO II

Muy cerca de la Piazza della Repubblica se encuentra el Hotel Quirinale, qué suele ser frecuentado por artistas de fama y gente de postín. Se halla situado, muy cerca del Coliseo, muy cerca de la estación Termini y no demasiado lejos del Vaticano y su famosa plaza de San Pedro. Por eso mucha gente lo prefiere, aunque sus precios sean altos. Y por eso yo lo elegí. Porque, además, tiene en los últimos pisos unas habitaciones muy tranquilas.

Virginia y yo tomamos dos piezas contiguas.

Nos dieron las mejores.

Enseñe usted dólares y a usted también le ocurrirá lo mismo.

Durante el primer día nos dedicamos casi enteramente a descansar, ya que el viaje había sido muy bueno, pero nuestros nervios estaban deshechos.

A la mañana siguiente llevé a Virginia a ver Roma, puesto que ella no la conocía. La Via Cavour, la Piazza dei Tritone, Trinitá dei Monti, Piazza Barberini, Vittorio Veneto... Todo la encantó. En el Vaticano nos pasamos horas y horas, sin acordarnos de comer siquiera, como si Virginia hubiera decidido que nadie la sacaría de allí.

—Muchacha —susurré—, no creo que te dejen quedarte a vivir en este sitio.

—No me iría porque..., ¿sabes una cosa, Richard?

—¿Qué?

—Aquí me siento segura.

—Nadie está seguro en ninguna parte, Virginia.

—Pero tú me proteges. Lancé una carcajada.

—¿Y quién me protege a mí? —pregunté.

Quería animarla a toda costa. Lo conseguí, porque poco más tarde reíamos los dos.

Pero mientras caminábamos por Via Nazionale, saliendo ya del

Vaticano, volvió a ponerse seria.

—Richard... —musitó—, quiero hacerte una pregunta.

—¿Cuál es?

Apretó los labios y susurró, como si le costara un gran esfuerzo:

—¿Tú sabes, que John me pidió que me casara con él?

—Pues..., pues no. Lo ignoraba completamente.

—Fue en una carta.

—Quizá será mejor que no hablemos de eso, pequeña —susurré.

No sé por qué la trataba así.

En realidad, entre Virginia y yo no había nada.

Usted ya sabe. Sólo la había visto una vez antes de encontrarla de nuevo en París.

Pero había algo que nos unía. Era la sensación de la muerte, una muerte que podía alcanzarnos a los dos.

Eso une mucho.

Y por ello dejó que la llamara «muchacha» y la acercara a mi pasándole un brazo por los hombros, como si fuéramos novios desde muchas años antes.

—No hablemos de eso —insistí.

—Es que quiero ser sincera, contigo.

—Ya lo eres.

—No... Hay cosas que aún no te he explicado. Por ejemplo lo de John cuando me pidió que me casara con él. ¿Sabes que estuve a punto de hacerlo?

—No, no lo imaginaba.

—Lo hice porque me daba lástima. Porque creí que uniendo nuestras vidas, le ayudaría a superar sus dificultades.

—Pero en definitiva le dijiste que no.

—Hubo un pensamiento al que di cien vueltas —musitó ella—. Un pensamiento que me horrorizaba.

—¿Cuál?

—La de que pudiéramos tener un hijo y que ese hijo fuera... como él.

Me estremecí un momento.

Miré hacia el frente y de pronto Roma me pareció distinta.

La mole de Santangelo, antes dorada y risueña, se había hecho turbia y gris. La tarde entera había cambiado, como si se hubiera oscurecido de: repente.

—Te comprendo —susurré.

—Era eso lo que me daba miedo... Porque hay cosas que se heredan, Richard.

—No puedo negarlo... John heredó eso... de nuestra madre: Y guardamos silencio.

Virginia se apretó más contra mí, como si buscara protección contra sus propios pensamientos. No sé cómo llegamos al hotel. El tiempo parecía no existir.

Y por eso, casi en la puerta, Virginia siguió la conversación en el punto en que la habíamos interrumpido.

—Lo curioso es que John me gustaba —musitó.

—¿Te gustaba?

—Sí... Me envió una foto suya. Y en sus cartas me hablaba mucho de ti, que eras tan igual a él y, sin embargo, tan distinto. John me gustaba físicamente, pero me horrorizaba pensar que podía llegar a tener un hijo suyo.

Yo no contesté.

Pero sentía el calor de su cuerpo muy cerca del mío.

Y notaba que el tiempo había muerto definitivamente. Que nada tenía importancia para los dos, excepto el hecho de que estábamos juntos. Siempre recordaré aquellos pasillos interminables del hotel. Silenciosos. Vacíos.

Y aquellas palabras de Virginia que apenas sonaban en la penumbra:

—Contigo todo es distinto, Richard. Contigo no me daría ningún miedo tener un hijo.

Nuestras habitaciones. Bien. Ya estábamos delante.

Dos puertas distintas, dos cuerpos que deben separarse.

Pero Virginia no se apartaba de mí. Deliciosa muñeca, educada en la salvaje libertad que en nuestro país damos a los jóvenes.

Deliciosa y dulce muñeca que se dejaba llevar por sus sentimientos y no pensaba en el mañana.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente me fui a ver al onorevole Gimondi.

El onorevole Gimondi había sido, me parece, diputado monárquico en el Parlamento italiano, allá por los años cincuenta. De ahí le venía el título, que pronunciaba muy pomposamente. Pero el tío ser reelegido se dedicó a los negocios, y ahora era el hombre a quien tenía confiados mis intereses en Roma y en toda Italia.

Quiero decir que también existía una sociedad italiana que trataba de introducir en el mercado de aquel país las computadoras electrónicas fabricadas con mi patente.

El despacho estaba en la parte alta de Vittorio Veneto, en una casa burguesa de las buenas épocas romanas. Desde los amplios balcones se divisaban los pinares nostálgicos de Villa Borghese, donde iban a pasear los desocupados y las desocupadas para encontrar ocupación. Bueno, quizá sea un juego de palabras, pero usted me entiende.

El onorevole Gimondi me puso al corriente de la marcha del negocio. Al parecer las cosas no marchaban demasiado bien.

Teníamos una plantilla muy numerosa en Roma, con un elevado porcentaje de sueldos, y en cambio se vendían pocas máquinas.

Pero eso no me importó.

Todas las chicas eran estupendas.

¿Conoce usted a las mujeres romanas?

Si no las conoce, lo siento. Quizá no sean tan hermosas como las florentinas, pero le aseguró que valen la pena.

Y aquéllas eran lo mejor de lo mejor.

Pero no me fijé en ellas con mala intención. Ni siquiera advertí los acusados relieves anatómicos de algunas. Giovanna, sobre todo, la secretaria principal, era lo que se dice una mujer de campeonato. Pero yo ya tenía bastante con Virginia Bolden.

Apenas resolví con Gimondi los asuntos más urgentes, volví al

hotel.

Virginia ya me estaba esperando. Más sonriente, más amable, más hermosa que nunca.

No salimos por la tarde a visitar de nuevo Roma...

Las luces doradas del crepúsculo nos sorprendieron mirando juntos la ventana, después de un diálogo sin palabras que es tan viejo como el mundo.

Tampoco el tiempo existía para ninguno de los dos.

Nos habíamos olvidado de París y de su oscura tragedia, nos habíamos olvidado del inspector Roland y de la sombra de John.

Virginia era como una niña.

¿Quién podía hacer daño a una mujercita así?

Pero los hombres lobos matan a las personas a las que más aman. Yo pensaba a veces en eso.

A veces, al despertarme por las noches, pensaba en la sombra de John, y me parecía verla proyectada en las paredes.

Pero ¿por qué pensar en eso? Todo marchaba como una seda. No sé cuánto tiempo pasamos en Roma así.

Yo iba por las mañanas a la oficina de Vittorio Veneto, recibía a posibles clientes, dictaba cartas, miraba las hermosas rodillas de Giovanna (pero de un modo distinto a como las hubiera mirado en otra época) y por las tardes iba a reunirme con Virginia.

Quizá fui feliz.

No sé, no podría explicarlo.

Sólo me turbaba, de vez en cuando, la sombra de John.

Pero las cosas no podían seguir demasiado tiempo así.

Pronto oí la voz de John, además de ver su sombra.

Me llamó aquella mañana a la oficina. Fue como en París. De pronto oí su voz conocida y odiosa:

—Hola, Richard... Hola... HOLA... HOLAAAAA...

Y rió a través del hilo, haciendo que mis labios se curvaran en una mueca.

No pude contenerme.

Tenía a Giovanna delante, a medio dictarle una carta. Pero no me importó.

—John, maldito seas... —mascullé—. Hasta ahora he estado de tu parte, pero ahora me das asco... ¡Asco! ¡Vete de Roma! ¿Entiendes? ¡Vete de Roma! ¡Te daré dinero si lo necesitas, pero

vete de aquí!...

Me había alterado. No podía más.

Y la voz de John siguió siendo tan odiosa como siempre, pero ahora resultó un poco más explícito:

—No creas que es tan sencillo, Richard Connor. No creas que esta vez te vas a salir con unos dólares. Necesito dinero, mucho dinero..., si de veras quieres que me vaya.

—¡Maldito! ¡Claro que quiero que te vayas! ¡Y no volver a oírte más! Y colgué.

Era una situación que no nos había llevado a nada.

Sólo sabía dos cosas: que él estaba en Roma y que me volvería a llamar o se encontraría conmigo.

Giovanna retiró delicadamente el auricular —tan pequeño como un micro miniatura— que llevaba sujeto a su oreja izquierda por medio de un clip.

Entonces me di cuenta. Ella lo había oído todo.

Por razones prácticas, ella trabajaba con aquel pequeño micro que estaba conectado al teléfono. De ese modo oía todas las conversaciones y podía anotar lo que hiciera falta. Me bastaba hacerle una seña para que apuntase lo que oía o hiciera funcionar incluso una cinta magnetofónica.

Ahora sonrió pesarosamente.

—Lo siento, señor Connor. Lamento haber captado también esta llamada que nada tenía que ver con el trabajo.

—No se preocupe. Era mi hermano. Pero...

La miré con cierta sorpresa.

—... Pero ¿nos ha entendido? Creí que usted no sabía inglés.

—Por favor, señor Connor, ¿por quién me ha tomado? Lleva usted pocos días aquí, entre dos y tres semanas, y no ha tenido ocasión de comprobarlo porque no ha hecho falta, pero hablo cuatro idiomas, el inglés especialmente. Incluso soy profesora.

Me sorprendí.

—Es usted admirable, Giovanna: No sólo tiene hermosas piernas, sino también cerebro. Y perdone.

—No tiene ningún mérito —dijo modestamente ella—. Las piernas me las ha regalado la naturaleza. En cuanto a los idiomas que sé, mis padres me costearán una buena educación, especialmente en lengua inglesa. Incluso viví algún tiempo en

Montgomery, en el sur de los Estados Unidos. ¿Su hermano es de allí?

—No, no... Mi hermano nunca ha estado en el sur. Al contrario, siempre vivió en el norte.

—Ah...

Y no hizo ningún comentario más. Parpadeé un momento.

¿Por, qué me había preguntado aquello?

Pero, en fin, no tenía importancia. En todo caso no tuve tiempo para dedicarlo a ese pensamiento.

El teléfono volvió a sonar.

Lo descolgué y... reconocí la voz de mi madre.

Tuve un estremecimiento.

No sabría explicar por qué. Supongo que fue de emoción, da alegría y también de sorpresas.

Yo debo mucho a mi madre.

Todos debemos a nuestra madre la vida, una vez. Yo se la debo muchas veces.

Ella musitó, con su voz dulce de siempre:

—Buenos días, hijo.

Siempre me ha emocionado oír su voz. Yo conozco sus sufrimientos, su terrible agonía. Ella nació con una tara, que tuvo que ir dominando, poco a; poco, con una paciencia infinita, con un dolor que sólo ella conoce... Pero no es éste el momento de hablar de una cosa así.

El caso fue que me dijo que estaba en Roma porque necesitaba verme.

—He llegado hace apenas una hora... Quisiera hablarte, Richard.

—Naturalmente que sí. ¿Dónde te hospedas?

—En el Hilton.

—Yo estoy en el «Quirinale». Te veré esta noche si quieres, y cenaremos juntos. Hacia las nueve, ¿te parece bien? En Europa solemos cenar más tarde que en nuestro país.

—Me parece bien. Por favor, no faltes, Richard. De verdad que necesito verte.

—¿Es por... John?

—Sí. Es por John.

Lo dijo de una manera especial, arrastrando las letras.

Yo comprendí.

Y colgué poco a poco, después de murmurar, con las facciones absortas:

—Desde luego que sí, mamá. No faltaré.

Pero apenas había colgado el teléfono cuando volvió a sonar.

Debía estar escrito que aquélla iba a ser una mañana agitada.

Pero ahora era una voz muy distinta.

La de Virginia:

Me hablaba con alegría y al mismo tiempo con timidez, como si no supiera qué efecto iban a producir en mí sus palabras.

—Richard...

Miré a Giovanna. Ella, educadamente, no se había vuelto a poner el micro.

Incluso salió de la habitación.

—Dime, Virginia. Puedes hablar con toda tranquilidad. Estamos solos.

—Richard... Ha resultado positivo.

—Positivo, ¿el qué?

—Por Dios, no me digas que no lo imaginas.

—No... No lo imagino.

—En ese caso... quizá no valga la pena que te diga nada más.

Parecía desilusionada. Yo susurré:

—Por favor, dímelo. Te lo ruego.

—Verás, creo que... Debemos pensar en formalizar nuestra situación. Todos los síntomas son de que voy a tener un hijo tuyo.

El auricular tembló un momento en mi oído derecho. Me pasé la mano izquierda por la boca.

—Richard..., yo no te obligo a nada, pero...

—Soy yo el que se siente obligado, cariño —dije suavemente—. No te preocupes. De tal modo vamos a formalizar nuestra situación que incluso esta noche te presentaré a mi madre, que acaba de llegar a Roma. Antes de una semana estará todo resuelto, muñeca.

Le dije un par de frases más por teléfono, para disipar sus posibles dudas, y colgué.

Noté, al levantarme del asiento, una sensación confusa.

Todo parecía distinto, todo daba vueltas en torno mío y tenía un aspecto hostil. Ese aspecto hostil del mundo despertaba en mí un oscuro instinto de defensa, como el de una fiera que ve merodeando

en torno a su cueva otras fieras enemigas.

Comprendí que necesitaba tomar el aire. Y quizá también tomarme un *whisky* doble en cualquiera de los cafés elegantes de Vittorio Véneto.

De modo que salí.

Para algo ha de servir ser el amo ¿no?

Uno sale y entra cuando le da la gana. Me senté en un rincón apartado de una de las terrazas y pedí un *whisky* doble, mientras miraba pensativamente las pantorrillas de las chicas de Roma.

Fue entonces cuando oí aquella voz:

—No le importará que me siente, ¿verdad?

Alcé la cabeza.

Y encontré sus ojos.

No sé por qué aquel hombre me odiaba tan profundamente. En todo caso me odiaba tan profundamente como yo a él. Sus ojos eran fríos, metálicos. Eran los de un verdugo.

—Siéntese, Roland. Me sorprende encontrarle en Roma.

—Más bien le he encontrado yo a usted. Y no le sorprenda, porque ya le dije que tendríamos que molestarle; puesto que usted no nos ayudaba. Quizá le convenga saber que pertenezco a la Interpol. Y también le convendrá saber; que han estado controladas durante casi tres semanas todas sus actividades en Roma. Empezando por su teléfono, claro.

Palidecí.

—Así ya debe saber que... mi hermano está en Roma...

—Cierto. Y hemos tratado de localizar el sitio de la llamada, pero hasta ahora sin resultado alguno. Le telefoneó desde una cabina pública situada en Piazza Navotia. Cuando llegamos allí; el pájaro ya había volado. Pero he sabido que también está aquí su madre; y ella es cierto que se hospeda en el Hilton.

—No se meta con mi madre —dije rencorosamente—. Se lo aconsejo, Roland: No se meta con ella.

—Al contrario... Sepa que a su madre la admiro en cierto modo. Sé los esfuerzos terribles que ha tenido que hacer para, después de superar su espantosa tara hereditaria, convertirse en una mujer normal, e incluso en una mujer que se dedica a practicar el bien. No, no tema nada... Por su madre siento respeto, Richard.

Odiaba a aquel hombre, pero confieso que me enternecieron sus

palabras. Dije con un soplo de voz:

—Usted no puede ni imaginar sus sufrimientos. ¿Sabe lo que hizo?

¿No sabe que se arrancó los dientes, uno a uno? ¿Usted sabe lo que significa, prescindir de una dentadura tan sana que a veces había que darle hasta tres veces anestesia para arrancarle un diente? Pues eso hizo. Y ahora lleva una dentadura postiza fabricada especialmente para ella, una dentadura, tan escasamente afilada que no puede masticar ni un melocotón. Hace muchos años ya que se alimenta casi exclusivamente de zumos de frutas... Por eso le digo que es una mujer de mérito. Una gran mujer, a pesar de todo. Y no consentiré que nadie..., nadie...

Me tranquilizó con un gesto.

—Yo también la admiro, Richard, se lo aseguro.

—Su tara hereditaria la volvía loca —musité—. ¿Sabe que intentó suicidarse una vez?

—Sí. Ya me he informado de eso.

—No es lo mismo estar informado que vivir una situación así. Se necesita estar desesperado para... Roland sonrió tristemente:

Nunca le había visto sonreír así, con tanta amargura.

Como, si de repente ya no fuera el mismo.

—Claro que lo sé —dijo—. Yo también intenté suicidarme una vez, Connor.

Levanté la cabeza, sorprendido:

—¿Qué dice?

—Fue justamente en su país, en Estados Unidos, durante; un curso de perfeccionamiento de la Interpol. Iba por la carretera de Nueva Jersey... y atropellé a un niño. Fue una imprudencia mía. Lo atropellé al pasarme una luz roja de cruce. La primera impresión que tuve fue la de que... lo había matado. Cuando lo llevé a una clínica me dijeron que nada se podía hacer ya por él. Entonces telefoneé a la policía para que vinieran a buscarme, y en la misma cabina pública extraje de mis bolsillos todas las pastillas de somnífero que llevaba. Eran... una verdadera montaña. Se las había quitado poco antes a una mujer histérica que trataba de matar con ellas a su marido, y las llevaba como pieza de convicción. Pensé que si las tomaba todas... Bueno, me encontrarían muerto allí mismo. Pero en la misma cabina telefónica había un pequeño disco de

plástico que indicaba: «Ayuda espiritual», y debajo un número de teléfono. Lo disqué, movido por un oscuro impulso, y me contestó una mujer. Le expuse mi caso... y aunque parezca mentira me convenció. Siempre recordaré sus palabras:

«Hay que tener fe porque, pese a todo, la vida es hermosa. El sol, al salir cada día, limpia las sombras de la noche». A esa mujer desconocida le debo yo la vida. Volví a la clínica y me dijeron que el niño había resistido muy bien una operación y que se salvaría, como así sucedió. Yo pensé: «A estas horas yo estaría absurdamente muerto». Y recé, no sé bien por qué, por mi alma y la de aquella mujer que la había salvado. Por eso le digo que conozco esa clase de agonía, Connor. La conozco profundamente.

Bebí un sorbo de *whisky*.

Le había escuchado con profunda, con inalterable atención.

Y hasta quizá sentía un poco de simpatía o tal vez de piedad hacia él.

No lo sé.

El caso fue que dije:

—Pese a todo lo que ha dicho, no se meta con mi madre, Roland.

—No lo haré, no tema.

Y se levantó para alejarse.

Yo le vi marchar con los ojos entrecerrados.

Todo daba vueltas en torno mío. Otra vez.

Y eso que Roland no me había amenazado, no me había dicho nada.

Pero con su presencia me había querido indicar que estaba allí. Acechando.

Dispuesto a saltar a la menor oportunidad, como por la noche saltan las fieras.

CAPÍTULO IV

Vi la cabina telefónica entre volutas de humo.

Otra vez volvía a fumar uno de mis habanos caros. Eso me calmaba.

Porque al fin y al cabo uno tiene que vivir, ¿no?

Abrí la puerta y entré.

Poca gente pasaba aquella hora por la Piazza Venezia, desde donde Mussolini lanzaba al pueblo italiano sus arengas bélicas. Hacía un poco de frío y los paseantes habituales habían desaparecido, camino de sus casas.

Lancé el cigarro y disqué un número.

Era el de una modesta pensión del Trastevere.

Yo sabía que el hombre a quien buscaba estaría allí. Y, en efecto, obtuve comunicación con él.

Oí su voz que tantas veces me había ayudado y que ahora me parecía tan odiosa:

—Vaya... Pero si es el honorable Richard Connor, el hermanito bueno... Hola, Richard... Hola...

¡HOLA!...

—¡Cállate de una maldita vez!

—Muy bien. Si quieres que me calle, ¿por qué me has llamado?

—Porque aquí el único que habla soy yo. Quiero que te largues de Roma. Que desaparezcas de mi vida para siempre. Que te esfumes, ¿entiendes? Que hagas como un globo que estalla: ¡boom!

Rió quedamente.

—Eso es más fácil de decir que de hacer, hermanito bueno.

—¿Qué necesitas?

—Dinero, mucho dinero.

—Sabes que no dispongo de todo lo que yo quisiera. Últimamente me he ocupado poco de los negocios. Las cosas han ido mal.

—No te hagas el pobre. Siempre encontrarás la manera de ayudarme un poco.

Tragué saliva antes de preguntar:

—¿Cuánto pides?

—Prefiero decírtelo personalmente.

—Más vale que me lo digas ahora. Nadie nos oye. Te estoy hablando desde una cabina pública.

—No, no... Éste es un asunto lo bastante importante para que le dediquemos toda la atención. Prefiero verte. Dame tú mismo una cita para dentro de muy poco. Y donde tú quieras.

—¿Qué te parece Villa Galbi?

—De acuerdo. Aquél es un buen sitio. Dentro de una hora estaré allí.

Y colgó.

Yo también lo hice, pensativamente.

Villa Galbi...

Ni falta que les hace.

Pero tengo que explicar en qué consiste, porque de lo contrario ni yo mismo podría seguir mi relato. Villa Galbi es uno de esos sitios donde se reúne la podredumbre romana, como hay otros en que se reúne la podredumbre parisina o la podredumbre de Nueva York. Me refiero a la gente de postín, claro. En Villa Galbi, situada en un sitio muy discreto, más allá de los jardines de Borghese, basta una llamada telefónica para que a uno le asignen uno de sus muchos apartamentos con entrada independiente, parecidos a los de un motel. La llave suele estar en un sitio convenido también por teléfono. Nadie le pregunta con quién entra ni a quién recibe. En realidad nadie le ve. La policía la ha cerrado varias veces por asuntos feos.

Yo conocía el sitio porque ya he dicho que he estado otras veces en Roma.

Antes de conocer a Virginia, claro. Cuando mi vida era distinta.

Miré mi reloj y vi que eran casi las diez de la noche. Había quedado con mi madre y con Virginia en cenar a las nueve.

Me estarían buscando ya desesperadamente, y yo lo lamentaba.

Pero ¿qué se le va a hacer?

Hay cosas más importantes que una cena.

Convencido de que la policía podía espiarme, tomé un taxi y lo

dejé en una parada tres bocacalles más arriba. Dejé un billete sobre el asiento del lado del conductor y salté a otro taxi. Con ése hice lo mismo. En media hora, al llegar a Villa Galbi, había cambiado de taxi cuatro veces, y siempre en cuestión de segundos. Muy listo tenía que ser, y muy guapo, el polizone que diera con mis huesos.

Desde un bar que estaba a unas docenas de metros de Villa Galbi llamé al sospechoso edificio.

Me atendieron, claro, puesto que era cliente. Y me dijeron que tendría el apartamento doce, compuesto de dos habitaciones. Ya que iba a llegar enseguida, pondrían la llave en la puerta. Me deslicé hacia allí. Pero no entré.

Aguardé tras la maleza del jardín, muy cerca del sendero por donde pasaban los coches, hasta que llegara él.

Pero se retrasaba.

Quizá el muy buitre sospechaba algo. O quizá no había sabido encontrar el camino bien.

Entonces recordé algo.

Era algo muy importante, que tenía que resolver aquella misma noche, además. ¿Cómo lo había olvidado?

¿Y cómo no había pensado, además, que eso me daría una coartada perfecta para disfrazar la muerte de John? Porque el hombre que había de llegar allí estaba condenado a muerte. Yo lo había decidido.

Me deslicé en la oscuridad, entre los arbustos, y volví al bar desde donde había llamado antes. Luego darían mi descripción, claro, pero eso tenía poca importancia por las razones que yo sabía.

Telefoneé a una chica. No, no se sorprenda usted.

Lo lógico es telefonear a una chica cuando uno tiene un apartamento alquilado en un sitio como Villa Galbi. Ella me dijo que vendría enseguida. No tenía miedo. Deliciosa y confiada muñeca...

CAPÍTULO V

En efecto, llegó antes. Oí el elegante taconeo en el sendero, cuando el hombre aún no había aparecido por allí. Salí a su encuentro, dirigiéndole mi sonrisa más amable.

—Hola, buenas noches.

Ella miró aprensivamente aquel sitio.

—Un poco raro, ¿no?

—Bueno, de raro no tiene nada... Es un lugar discreto para citas de amor de gente de categoría, de esa que no puede comprometerse yendo a cualquier sitio. Pero también es un lugar estupendo para conversaciones de negocios.

—Le advierto, Connor, que sólo de negocios vamos a hablar. No me tocará ni un pelo de la ropa.

—Por supuesto que no... Tengo el absoluto deseo de no complicar las cosas. Nadie más interesado que yo en que esto se resuelva.

—De acuerdo. Y le advierto que no soy una chica tonta.

—Naturalmente que no. Ya lo he notado.

Hice girar la llave y entramos. El ambiente era lujoso.

Como para deslumbrar a cualquiera.

Además, la primera pieza era un saloncito, y el dormitorio no se veía, ya que estaba en la segunda pieza.

En nuestra vida moderna todo está organizado, usted ya sabe.

Ella entró.

Tengo la absoluta certeza de que ya había adivinado que el dormitorio estaba más allá de la segunda puerta, pero eso le importaba muy poco.

Era una chica muy decidida y que sabía lo que quería.

Por eso estaba allí.

Y por eso me miró al fondo de los ojos, mientras oíamos en la gravilla del sendero las leves pisadas de un hombre que se acercaba

a la casa.

Salí a recibirle.

El hombre estaba desorientado, mirando a un lado y a otro, porque no sabía exactamente dónde encontrarme.

Y cuando me vio aparecer sonrió. Casi diría que lanzó una carcajada. Tenía unos dientes magníficos, unos dientes de loba.

Y me lo enseñó casi hasta la garganta, en una alegre mueca, antes de decir:

—Hola, Richard... Hola, amigo, hola...

Le hice una seña para que entrara. Me daba asco.

Pero no podía ponerme ahora a discutir a gritos con él a poca distancia de otras habitaciones. De modo que le incité a pasar con una sonrisa amable.

Él miró aquel apartamento.

No había estado nunca en el interior de Villa Galbi.

—Es un sitio magnífico, ¿eh? Se ve que te los gastas...

—Es un lugar para que podamos estar tranquilos tú y yo. Sencillamente eso.

—He tenido la sensación de que estabas con alguien. ¿Una chica?

—No.

Miró hacia la segunda puerta.

—Bueno, si la has escondido y te aguarda ahí para cuando tú y yo terminemos, a mí me tiene sin cuidado. Buen provecho.

Y añadió con voz lenta, arrastrando las letras:

—Si quieres que me largue necesito dinero, mucho dinero...

—¿Has pensado una cifra?

—Por supuesto que sí.

—Dila.

Rió otra vez.

Me miraba fijamente. Y tenía las dos manos en los bolsillos de la americana.

Yo sabía que en uno de ellos ocultaba una pistola.

No se fiaba de mí. Y hacía bien.

Él quería mucho dinero.

Y yo quería librarme de una amenaza que de otro modo no terminaría nunca.

—Dila —insistí—. Dila...

Él fue a hablar. La codicia brillaba en sus ojos. Yo supe leer en ellos una cifra astronómica, antes de que hablara. Noté que se había distraído un instante.

Era una oportunidad.

Él ya no se acordaba de mis buenos tiempos con los «boinas verdes». Y no sabía que un enemigo armado, teniéndolo enfrente, no era nadie para mí, sobre todo si no se trataba de un verdadero experto.

Moví la derecha.

Gimió apenas al sentir el terrible golpe en la yugular. No tuvo tiempo ni de lanzar un grito.

Yo no perdí ni una décima de segundo.

Era mi oportunidad.

¡Otro!

Ahora le golpeé en las sienes con los flancos de las dos manos abiertas.

Se me derrumbó. Se me deshizo como si fuera de mantequilla. Ahora sí que gimió un poco más, pero dudo que aquello se oyera gran cosa más allá de las paredes. Le sujeté por el cuello. Yo era muy experto en aquella llave mortal.

Terriblemente experto. Sonó un siniestro «craaaac».

Y se me derrumbó suavemente, como la goma de un globo pinchado en el aire.

Respiré hondamente.

Bueno, ya estaba hecho lo más difícil.

Acto seguido le desnudé.

No tenía que quedar encima de su cuerpo ni un documento, ni una pieza de ropa.

Cuando lo tuve todo reunido, hice con las ropas un hatillo para llevármelas luego y destruirlas, de modo que la policía no las encontrara jamás. Ésa era una parte fundamental de mi plan. Acto seguido me puse a realizar la parte más desagradable: tenía que desfigurar por completo la cara de la víctima.

Necesitaba, además, no hacer ruido. Utilicé el pie de una de las lámparas de bronce y lo envolví en el terciopelo de uno de los cortinajes. Con aquella maza eficaz y silenciosa, comencé a golpear concienzudamente la cara del muerto. La cosa no resultó agradable, pero hice un excelente trabajo. Cinco minutos después, nadie le

hubiera reconocido.

Respiré con cansancio. Bueno, ya estaba.

No había resultado tan difícil, después de todo.

Miré hacia la puerta, disponiéndome a dar un último repaso a todo y salir.

Me di cuenta entonces de que no la había cerrado por dentro.

Vaya... Bonita imprudencia.

De todos modos, no había entrado nadie.

Llevé la mano al pomo, para asegurarlo.

Y en ese momento el pomo giró. En ese momento la puerta empezó a abrirse.

Vi por el resquicio un rostro de mujer.

Mis facciones se contrajeron.

Mi garganta estuvo a punto de lanzar un grito.

Porque el rostro que acababa de aparecer allí era... ¡era el de Virginia Bolden!

CAPÍTULO VI

Quedé petrificado.

No podía ni soñar que ella, concretamente ella, apareciese por allí.

Entró y cerró a su espalda. No miró de momento al suelo. Sólo me miraba a mí.

—Tu madre me ha dado esa dirección —susurró—: Hemos estado pasando revista a todos los lugares de Roma adonde podías haber ido. Y al final ella ha recordado que tú le hablaste una vez de Villa Galbi. Por otra parte, todos los taxistas conocen éste sitio. Me he hecho conducir aquí y he andado unos momentos por el jardín; desorientada. Todo estaba silencioso... hasta que he oído unos nuevos golpes que llegaban... desde detrás de esta puerta.

Fue entonces cuando miró al suelo. Sus facciones palidieron terriblemente.

Formaban un contraste patético con la sangre que lo llenaba todo, que se desbordaba por el suelo como un lago macabro.

—Virginia —musité—, no. Te asustes: En realidad, nos hemos librado de una espantosa pesadilla.

Se llevó ambas manos a la boca, en una patética mueca.

—¿Es... es John?

—Sí. He tenido que hacerlo. La situación ya no podía soportarse más. He tenido que hacerlo Virginia. Compréndelo. ¡Compréndelo, por favor!

Yo le estaba suplicando. Nunca suplico a las mujeres, y por eso me extrañó oír mi propia voz en aquel tono. Ella lanzó un gemido.

—Por Dios, Richard... Sácame...

¡Sácame de aquí!

Dio un paso y tropezó con la pared. No parecía saber dónde estaba. Nunca he visto una mujer más aterrorizada, tan dominada por su propia pena. La habitación debía de dar vueltas en torno

suyo, porque sus ojos estaban extraviados. Intentó salir.

Pero se equivocó de puerta.

Hizo girar el pomo de la única que tenía delante.

No era la de salida.

Era..., era la del dormitorio.

Y entonces la vio allí. Estaba sobre la cama, también sin ropa, con el cuerpo cubierto de sangre. Estaba cruelmente, atrocemente muerta. A mí mismo me hizo estremecer.

—¿Quién..., quién es? —balbució.

—La última víctima de John. Pero no te preocupes, muñeca. Ahora no corres ninguna clase de peligro. Ahora él está muerto...

Ella giró la cabeza hacia mí.

Sus ojos estaban vacíos, como muertos.

—¿La última víctima de John... era tu propia secretaria? —musitó—. La vi un día cuando te fui a esperar a tu oficina. ¿Él consiguió traerla aquí sin conocerla?

Y tú, ¿cómo lo sabías?

Aquellos ojos —los deliciosos ojos de Virginia— se habían hecho más blancos; más transparentes y más muertos.

Eran unos ojos que me acusaban. Unos ojos incrédulos que yo vería durante todas las noches de toda mi maldita vida.

Unos ojos que me volverían loco... Y entonces me quité la careta.

¿Para qué seguir fingiendo?

Hay cosas en la vida que deben aceptarse como son.

Y había que aceptar como era el hecho de que Virginia Bolden me había descubierto.

Sonreír, mostrando mi dentadura. Mi sana, mi magnífica, mi poderosa dentadura de lobo...

Ella no se movió.

De repente lo había comprendido todo, había comprendido el horror de la terrible situación, había comprendido que allí estaba envenenado hasta el aire.

No tenía fuerzas ni para hablar. Ni para respirar.

Yo, en cambio, estaba muy tranquilo.

Susurré:

—Lástima, porque era un buen plan y ahora tú lo has estropeado. Hubiera parecido el caso típico de una parejita que está

en su nido de amor cuando alguien entra para robarles, los mata y se lleva hasta sus ropas. Hay un bar aquí cerca en el cual darán mi descripción, pero como el muerto tiene destrozada la cara y es de mis mismas medidas, creerán que soy yo. Por eso le he quitado también los documentos y la ropa. Mi plan era luego desaparecer inmediatamente, hacer que mi madre siguiera controlando el negocio y yo vivir contigo tranquilamente en un lugar donde no nos conociera nadie. Ya ves que mis; intenciones con respecto a ti no eran malas. Pero tú lo has estropeado todo; muñeca...

Ella debía tener la garganta seca como la de una muerta.

Pero logró articular:

—Él no es... tu hermano ¿verdad?

—No, no, lo es. Es simplemente el hombre de mis mismas medidas, al que contraté para que me llamara de vez en cuando por teléfono, me pusiera telegramas y diera señales de la vida de «John». También te escribía cartas con una letra nerviosa, y anormal; cartas que te enviaba después de dictárselas yo mismo. Era una especie de empleado, ¿comprendes?, que cobraba lo suyo, pero últimamente, a causa de mis actividades, el tipo se dio cuenta de que su papel era peligroso y quiso más dinero, mucho más dinero. Yo pensaba prescindir de él ¡para cambiar de vida!, para dejar de ser quien era (y te juro que soy sincero), pero el aumentó sus exigencias. Fue entonces cuando decidí... eliminarle. Virginia se sostenías las mandíbulas con las manos para que no le temblase.

Logró susurrar:

—¿Y ella? Ella... ¿por qué...?

—Por una razón muy parecida. Resultó que Giovanna era una magnífica conocedora del idioma inglés y había; vivido además en el sur de los Estados Unidos. Captó una llamada, de John a mi despacho y se dio cuenta de que hablaba con claro acento del sur. Yo, en cambio, sin pensar en aquel detalle; le dije que John había vivido siempre en el norte, como estaba tramado en esa historia que ha durado casi treinta años... La chica le dio vueltas a su caletre, comprendió que yo ocultaba algo, hiló detalles con lo que había leído en algunos diarios extranjeros... y pensó que de todo eso podía obtener una bonita ganancia. Aquella misma noche me dijo que quería hablar conmigo y me dio a entender lo que sabía. Yo quedé en llamarla... y así lo hice. Ése es el resultado.

Le mostré el cadáver como quien muestra una pieza de arte a un comprador no demasiado decidido a adquirirla.

Virginia hizo otro terrible esfuerzo para balbucir:

—Entonces, John... no ha existido nunca...

—No, preciosa. Fue idea de mi madre, claro, porque yo entonces aún no podía idear nada. Ella estaba aterrorizada de su propio pasado, aunque ya se había curado del todo después de inmensos sacrificios para conseguirlo. Mi madre es una mujer admirable, a pesar de todo, y si algo malo hizo (en este caso una serie de falsedades) fue para defender a su único hijo. Si éste era normal, como confiaba, tiempo habría de arreglarlo todo. Si no lo era... Bueno, ella estaba desesperada... Quería resolver la incógnita de algún modo, darme algo que el día de mañana me librara quizá de la pena de muerte o del manicomio perpetuo, que es peor. Por eso dio a luz en un sitio donde no la conocían y consiguió certificaciones falsas como si hubieran nacido dos gemelos, Richard y John. Mi padre no pudo oponerse a la idea puesto que ya estaba muerto. Con esos certificados, ella cuidó de un hijo en Nueva York, mientras el otro, teóricamente, estaba en Boston. Pero los problemas llegaron, y el primero fue el de los colegios. Si John existía legalmente, había que darle una educación, para obtener además nuevas pruebas de su existencia. Por eso me matriculó en dos ciudades distintas, y pasé durante años de un colegio a otro. Cuando estudiaba en una ciudad estaba oficialmente enfermo en la otra. Nadie comparó fechas jamás, claro, y nadie se fijó por tanto en ese detalle. En un colegio mi madre me forzaba para que fuera buen alumno, y en el otro me pedía, por el contrario, que apenas estudiase. De ese modo Richard era un chico aplicado, mientras que John era un desastre. Cuando yo empecé a demostrar síntomas alarmantes, se los cargaron, por descontado, a John. Cuando estuve en una clínica mental, lo hice con el nombre de John. Cuando nos llamaron para el servicio militar, lo hicieron en dos oficinas distintas, puesto que vivíamos también en distintas ciudades. Yo fui declarado útil como Richard, y como John inútil, a causa de mis antecedentes clínicos. Fui a Vietnam y estuve con los «boinas verdes». Al regreso, mi madre constituyó una sociedad en San Francisco, en donde tampoco éramos conocidos, y asignó a John un trato de preferencia. Ello poco importaba, claro, puesto que el

beneficiario era yo, pero así quedaba completa y redonda la leyenda del pobre hijo anormal al que se desea ayudar, mientras yo, como Richard, tenía ante mis ojos un porvenir claro y limpio. ¿Las patentes? Las registramos a nombre de John para dar otra señal de su existencia real, pero en realidad las ideé yo, basándome en trabajos anteriores de mi padre que me las daban casi resueltas. ¿Las cartas que nos escribíamos John y yo, y que mi madre guardaba como «prueba» de la existencia de los dos? Unas eran mías realmente, y las otras de un personaje alquilado y que escribía con letra de majareta. Los telefonazos de John a tu número eran también una parte más de la tramoya, así como las cartas. En caso necesario, se podía probar que John existía realmente, y que él era culpable de todo, pero nadie sabía dónde estaba... Inicialmente solo entré en contacto contigo por eso, muñeca, pero luego me gustaste. Me gustaste tanto que aquello se alargó más de lo que debiera... hasta llegar a hoy.

Avancé poco a poco mis manos hacia ella.

Virginia no se movía. Estaba aterrada.

Pero en sus ojos leí algo más que miedo... Leí algo que me hirió profundamente. Leí desprecio... Desprecio y asco...

Me quité la americana sin prisas. Eso era esencial.

Y sabía que ella no huiría.

Pobre y deliciosa pequeña a la que en cierto modo me daba pena matar...

Abrí la boca para lanzar un breve rugido de fiera.

Y salté encontrando su carne tibia, joven, perfumada, prieta...

EPÍLOGO

Perdón.

Perdón por haber terminado yo esta especie de memorias, escribiendo sus últimos párrafos; y perdón por continuarlas ahora con este breve epílogo:

Ustedes me conocen a través de ellas.

Me conocen sólo en parte.

Soy el inspector Roland, de la Sureté y de la Interpol.

Tengo treinta años.

Tengo también, por suerte, unos brazos de campeón que a veces me han servido de mucho.

Como me sirvieron entonces. Cuando sujeté a Richard John en el momento en que iba a clavar sus mortíferos dientes en la garganta de Virginia Bolden.

Cuando le retorcí la cabeza, porque no tenía otro remedio que acabar con él.

Verán, a mí también me han enseñado a matar. Demasiado.

Un apretón en las vértebras cervicales, un leve tirón, una torsión instantánea...

El crujido de los huesos me hizo estremecer. Casi sentí asco de mí mismo. Pero era inevitable.

Vi caer a mi víctima como él había visto caer a las suyas: como un globo pinchado en el aire.

Y luego sostuve a Virginia, que lloraba tensa y angustiosamente, al borde del *shock*.

Ustedes preguntarán por qué. No entenderán cómo llegué a tiempo, cómo sospeché todo aquello.

Debo decirles que tras perder momentáneamente la pista de Richard Jonn, le busqué y le hice buscar por todo Roma, hasta conseguir localizarlo.

Pero ¿por qué? Verán.

Ya me di cuenta en París.

Cuando le dije a Richard que llevaba un hermoso forro en la americana.

Porque era un forro de plástico... Le bastaba volver la americana al revés, como una pieza reversible, y subirse las anchas solapas, para estar protegido contra la sangre por una especie de impermeable. Luego lo limpiaba con servilletas de papel húmedo o, si podía, directamente con agua.

Eso fue lo que me hizo recelar, de veras.

Eso fue lo que me hizo pensar en la horrible verdad.

Y sentir lástima de la madre de Richard John, que toda su vida había pasado un horrible calvario, tratando de no perder a su único hijo.

También debo decirles por qué Richard mató a Avellaneda y a Gornal.

Ustedes debieron pensar que lo hizo para que no acusaran a su hermano, al ser testigos de ambos crímenes. También, al principio, lo hubiera pensado yo...

¡Y claro que fueron testigos de los crímenes! ¡O al menos, si no los contemplaron directamente, sabían quién era su autor!

¿Que por qué no le denunciaron enseguida?

Pues porque ellos mismos eran unos buitres ambiciosos que le prepararon a las víctimas en lugares solitarios, creyendo que sus móviles eran puramente sexuales, para encontrarse luego con una especie de monstruo. El cuando llegaron a aquel acuerdo, les había prometido mucho dinero, en especial a Avellaneda. También se lo prometió a Gornal, pero no hizo falta la colaboración de éste. El cómplice de John tuvo tanta habilidad para citar a Denise, que ésta se dejó convencer solita. Richard John necesitaba eliminar a aquellos dos hombres que con una palabra podían acusarle... y lo hizo. También debo decirles algo más.

Debo hablarles de Virginia. Sólo un poco.

Debo hablarles de su horror, del terrible horror a lo que llevaba en su propio vientre.

Pobre, inocente y desdichada Virginia.

Siempre recordaré los meses angustiosos que siguieron.

Cuando ella se quedó a vivir en París.

Sería difícil decirlo.

Cuando nació el niño, ella no quiso mirarle. Durante un mes no le vio. Hasta que una mañana yo la fui a buscar y la llevé a la clara y luminosa casa cercana al Parque Monceau donde el pequeño se encontraba al cuidado de su abuela.

La pobre mujer sufría también terriblemente.

Pero tenía fe.

Y yo nunca podré olvidar esa mañana, cuando Virginia Bolden avanzó hacia la cuna. Pensé que no querría mirar al niño, que no querría tocarlo. Creo que yo incluso había contenido la respiración. Vi avanzar la grácil figura de Virginia, hasta que se detuvo al borde de la cuna. Y allí se estuvo quieta, patéticamente quieta. A mí me temblaban hasta los dedos, y no sé por qué. Hasta que ella tendió la mano y acarició al pequeño. Y entonces se puso a cantar suavemente. Era una dulce, lánguida, casi triste canción de cuna. Pero era también una canción maravillosa.

Recuerdo que el tiempo se había detenido. Parecía como si en el mundo sólo nosotros existiéramos. Y entonces Virginia susurró:

—Hay que tener fe porque, pese a todo, la vida es hermosa. El sol limpia cada día las sombras de la noche.

Me estremecí.

Yo había oído aquellas palabras otra vez, algunos años antes.

En labios de una mujer a la que debía la vida.

Me acerqué poco a poco, sin respirar.

Sí. El niño tenía enormes posibilidades de no ser como su padre. De ser enteramente normal.

Había que tener fe.

Como yo la tuve entonces.

Como la tuve cuando aquella mujer, años atrás, me salvó la vida.

Acaricié los cabellos de Virginia Bolden. Sequé sus lágrimas.

Perdonen, pero hasta un polizone sin entrañas, como yo, se emociona a veces.

Y cree en una mujer. Y cree en una mujer... y cree en la vida.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

